

Flush

Por

Virginia Woolf

***Free*editorial** 

CAPÍTULO I

«THREE MILE CROSS»

Universalmente se reconoce a la familia de la que descendía nuestro biografiado como una de las de más rancia estirpe. Por tanto, no es extraño que el origen de este apellido se pierda en la oscuridad de los tiempos. Hace muchos millones de años, el país que hoy se llama España bullía con los fermentos de la Creación. Pasaron siglos; apareció la vegetación; donde hay vegetación, ha decretado la Naturaleza que haya también conejos; y, dondequiera que hay conejos, quiere la Providencia que haya perros. Todo esto es irrefutable. Pero empiezan las dudas y las dificultades en cuanto nos preguntamos por qué se llamó spaniel al perro que cazaba al conejo. Algunos historiadores afirman que cuando los soldados cartagineses desembarcaron en España, gritaron a una: Span! Span!, porque veían salir a los conejos, como flechas, de entre la maleza. Todo el país rebosaba de conejos. Y span en cartaginés significa «conejo». Por eso llamaron al país Hispania, o tierra de conejos; y a los perros, a quienes se descubrió casi al mismo tiempo persiguiendo a los conejos, se les llamó spaniels o perros conejeros.

Muchos se contentarían con esta explicación; pero la verdad nos obliga a añadir que existe una escuela científica sustentadora de una opinión diferente. La palabra Hispania, según los eruditos, nada tiene que ver con la voz cartaginesa span. Hispania deriva de la palabra vasca española, que significa «límite» o «frontera».

Siendo así, hemos de desterrar de nuestra imaginación los conejos, la maleza, los perros, los soldados... y todo ese cuadro romántico tan agradable; y debemos suponer sencillamente que al spaniel se le llama spaniel porque España se llama Spain en inglés. En cuanto a la tercera escuela arqueológica, cuya teoría es que los españoles llamaron a sus perros favoritos con un nombre derivado del vocablo española por el otro sentido etimológico que puede tener —«peñascoso, tortuoso»— y precisamente por tener los spaniels unas características diametralmente opuestas... Todo eso resulta demasiado caprichoso para ser tomado en serio.

Pasando por alto estas teorías, y muchas más que no merecen nos detengamos a examinarlas, llegamos al País de Gales a mediados del siglo X. Ya está allí el spaniel, llevado, según afirman algunos, por el clan español de Ebhor o Ivor muchos siglos antes; y, desde luego, ya se le consideraba a mediados del siglo X como un perro de gran fama y valor. «El spaniel del rey vale una libra», hace constar Howel Dha en el Libro de las leyes. Y si pensamos lo que podía comprarse con una libra en el año 948 —cuántas

esposas, cuántos caballos, esclavos, bueyes, pavos y gansos...—, no nos cabrá duda de que el spaniel había adquirido una sólida reputación. Ya ocupaba un puesto junto al rey. Su familia gozó de grandes honores antes que muchas dinastías famosas. Así, se hallaba ya acostumbrada a los palacios cuando los Plantagenet, los Tudor y los Estuardo araban la tierra de otros. Mucho antes de que los Howard, los Cavendish y los Russell se hubieran elevado por encima de la masa de los Smith, Jones y Tomkin, era ya la spaniel una distinguida familia de alto rango. Y, a medida que transcurrieron los siglos, se fueron separando algunas ramas menores del tronco familiar. Gradualmente, conforme seguía su curso la historia de Inglaterra, van surgiendo por lo menos siete nuevas familias famosas derivadas de la primitiva spaniel: los Clumber, los Sussex, los Norfolk, los Black Field, los Cocker, los Irish Water y los English Water. Aunque todas estas ramas proceden del tronco original de los días prehistóricos, muestran sin embargo características diferentes, y de aquí que aspiren a privilegios también distintos. Sir Philip Sidney atestigua que en la época de la reina Isabel existía una aristocracia entre los canes. «... Los galgos, los spaniels y los sabuesos vienen a ser, entre los perros: los primeros, como lores, los segundos, Caballeros, y los últimos, como terratenientes». Esto escribió Sir Philip en *La Arcadia*.

Pero si hemos de aceptar el que los spaniels siguieran el ejemplo humano y considerasen a los galgos como sus superiores y a los sabuesos como inferiores a ellos, debemos reconocer que su aristocracia se basaba en razones más sólidas que la nuestra. A esta conclusión llegará todo el que estudie las leyes del Spaniel Club. En efecto, esta institución soberana ha dejado firmemente establecido cuáles son los vicios y cuáles las virtudes de un spaniel. Los ojos claros, por ejemplo, no son recomendables, y peor aún es que tenga las orejas abarquilladas. Asimismo, es fatal haber nacido con nariz clara o con un tupé. Con idéntica concreción se definen los méritos: La cabeza ha de ser suave, elevándose a partir del hocico sin una inclinación demasiado acentuada; el cráneo debe ser relativamente redondo y bien desarrollado, con mucho espacio para el poder cerebral; y la expresión general tendrá que ser inteligente y afable. El spaniel que ofrece estas cualidades será estimulado y se le criará adecuadamente; en cambio, el que persista en perpetuar los tupés y la nariz clara, perderá los privilegios y emolumentos de su clase. Así lo han dispuesto los legisladores, previniendo las penas y los privilegios que se aplicarán para asegurar la obediencia a la ley.

En cambio si volvemos ahora los ojos a la sociedad humana, ¡qué caos y qué confusión encontramos! No existe ningún Club por el estilo que tenga esa jurisdicción sobre la cría del hombre. El Herald's College es lo más aproximado que tenemos al Spaniel Club. Por lo menos, pone algo de su parte por preservar la pureza del linaje humano. Pero cuando preguntamos en qué consiste la nobleza de origen, etc. —si en que tengamos ojos claros o en que

los tengamos oscuros, o en la forma de nuestras orejas, o si son fatales los tupés—, se limitan nuestros jueces a remitirnos a nuestro escudo de armas. Y a lo mejor no tiene usted ninguno. Entonces no es usted nadie. Pero si demuestra poseer dieciséis cuarteles, si prueba su derecho a una corona nobiliaria, entonces le dirán no sólo que ha nacido usted, sino que ha nacido de noble cuna. De aquí que cualquier confitero de Mayfair ostente su león yacente o su sirena rampante. Hasta nuestros lenceros cuelgan a la entrada de sus tiendas las armas reales, como si esto garantizase que sus sábanas son excelentes para dormir en ellas. Por todas partes se pretende tener alcurnia y se exaltan las virtudes de ésta. Sin embargo, hemos de concederles más competencia en estos asuntos a los jueces del spaniel Club y, dejando a un lado estas elevadas disquisiciones, pasemos a ocuparnos de los primeros años de Flush en la familia de los Mitford.

A fines del siglo XVIII vivía cerca de Reading una familia de la famosa casta spaniel, en casa de cierto doctor Midford o Mitford. Aquel caballero, conforme a los cánones del Herald's College, escribía su apellido con t, alegando descender de la familia —originaria de Northumberland— de los Mitford de Bertram Castle. Se había casado con una miss Russell que tenía un remoto, aunque indudable, parentesco con la casa ducal de Bedford. Pero los antepasados del doctor Mitford habían descuidado tanto en sus enlaces las normas para el perfeccionamiento de la raza, que ningún tribunal seleccionador habría reconocido a aquél el derecho a perpetuar su casta. Sus ojos eran claros; sus orejas, abarquilladas; y su cabeza exhibía un tupé fatal. En otras palabras, era atrozmente egoísta, extravagante en demasía, mundano, falso y aficionado al juego. Perdió su fortuna, la de su mujer y lo que ganó su hija. Abandonó a ambas mientras disfrutó de prosperidad y les sacó cuanto pudo cuando se vio en mala situación. Sin embargo, tenía dos características a su favor: una gran belleza —era como un Apolo... hasta que la glotonería y la intemperancia transformaron este Apolo en un Baco— y una profunda devoción por los perros. Ahora bien, no cabe duda de que, si hubiera habido una institución humana equivalente al Spaniel Club, no le hubiera valido escribir su apellido con t, ni llamar primos a los Mitford de Bertram Castle, para librarse del baldón y el desprecio que habrían caído sobre él, ni para evitar que lo condenaran al ostracismo más completo marcándolo con hierro candente como un hombre «cruzado» o mestizo. Pero como era un ser humano... Nada, pues, le impidió casarse con una noble dama de excelente casta, vivir unos ochenta años, poseer varias generaciones de galgos y spaniels, y engendrar una hija.

Han fracasado todas las tentativas de fijar con exactitud el año en que nació Flush, y respecto al día o al mes, ni hablar. Pero es verosímil que naciera a principios de 1842. También es probable que descendiera directamente de Tray (nació en 1816), cuyas características —que, desgraciadamente, sólo nos

han llegado a través de la poesía, poco de fiar como medio de información— fueron las de un cocker rojizo muy notable. Todo induce a creer a Flush hijo de aquel «auténtico spaniel, de la variedad cocker» por el cual se negó a aceptar el doctor Mitford veinte guineas «a causa de los buenos servicios que le prestaba en la caza». También hemos de contentarnos, por desgracia, con la poesía para una descripción detallada del mismo Flush en su juventud. Tenía ese matiz especial marrón oscuro que reluce al sol «como el oro». Sus ojos eran «unos ojos atónitos color avellana». Las largas orejas «le enmarcaban la cabeza como una capota», sus «piececitos» estaban «endoselados con mechones» y la cola era ancha. Pese a las inevitables concesiones a las exigencias de la rima y a las inexactitudes de la dicción poética, todas esas peculiaridades habrían sido aprobadas por el Spaniel Club. No podemos dudar de que Flush era un cocker de casta, perteneciente a la variedad rojiza dotada de todas las excelencias que caracterizan a su especie.

Los primeros meses de su vida los pasó en «Three Mile Cross», una casita de campo cerca de Reading, pero no era aquélla una finca de recreo, sino de labores. Desde que los Mitford vinieron a menos —con Kerenhappock de único criado— tuvo que hacer miss Mitford en persona las fundas de las sillas, y utilizando el género más barato. Parece ser que el mueble más importante era una mesa grande, y la habitación principal un espacioso invernadero. No se vio rodeado Flush —hay que darlo por seguro— de ninguno de los refinamientos (garitas con buena protección contra la lluvia, caminos de cemento, un lacayo o una doncella a su servicio) de que no se privaría hoy a un perro de su alcurnia. Pero lo pasaba bien: disfrutaba, con toda la viveza de su temperamento, de la mayor parte de los placeres —y de algunos de los desenfrenos— connaturales a su juventud y a su sexo. Es cierto que miss Mitford permanecía en casa casi todo el tiempo. Tenía que leer en voz alta casi todo el tiempo. Tenía que leer en voz alta a su padre horas enteras; luego, jugar con él a las cartas —el cribbage—, y, cuando por fin se dormía aquél, poníase miss Mitford a escribir sin cesar en la mesa del invernadero proponiéndose con ello pagar las facturas y saldar los atrasos. Pero, al cabo, llegaba el momento ansiado. Dejaba a un lado los papeles, se calaba un sombrero, cogía la sombrilla y salía con sus perros a dar un paseo por el campo. Los spaniels son comprensivos por naturaleza; y Flush, como lo prueba su biografía, poseía el don —casi excesivo— de captar las emociones humanas. Así, al ver a su querida ama respirando por fin, tan aliviada, el aire fresco, complaciéndose en permitir al vientecillo que la despeinara y colorease la ternura de su rostro, mientras se suavizaban —despreocupadas— las líneas de su amplísima frente..., todo esto lo contagiaba de alegría, haciéndole dar brincos cuya extravagancia era en gran parte un testimonio de simpatía hacia la deliciosa sensación que ella experimentaba. Conforme avanzaba su ama por la alta hierba, él saltaba de acá para allá, abriendo surcos fugaces en la verde

cabellera. Las frescas perlas de rocío o de lluvia le caían sobre la naricilla en ducha iridiscente; la tierra —dura aquí, allí blanda, caliente más allá o quizá fría— le picaba, le hacía cosquillas y le irritaba en las almohadillas, tan tiernas, de sus pies. Una sutilísima mezcla de los olores más variados le hacía vibrar las aletas de la nariz: áspero olor a tierra, aromas suaves de las flores, inclasificables fragancias de hojas y zarzas, olores acres al cruzar la carretera, el picante olor que sentía cuando entraban en los campos de habas... Pero de pronto traía el viento unos efluvios más agudos, más intensos, más lacerantes que todos los demás, unos efluvios que le arañaban el cerebro hasta remover mil instintos en él y dar suelta a un millón de recuerdos: el olor a liebre o a zorro. Entonces se lanzaba como una exhalación. Olvidaba a su ama; se olvidaba de todo el género humano. Oía a unos hombres morenos que gritaban: Span! Span! Oía el restallar de los látigos. Corría, se precipitaba... Por último, se paraba en seco, estupefacto: el encanto se había desvanecido. Muy lentamente, moviendo la cola con humildad, regresaba a través de los campos hasta donde estuviera miss Mitford voceando «¡Flush! ¡Flush! ¡Flush!» y agitando la sombrilla. Una vez —por lo menos— fue aún más imperiosa la llamada atávica; el cuerno de caza que le resonó por dentro levantó en él instintos más hondos, hizo surgir de su ser más profundo unas emociones producidas más allá de la memoria y que borraban, con un grito salvaje de éxtasis, las impresiones producidas por la hierba, los árboles, las liebres, los conejos y los zorros. El Amor lo encandiló con su antorcha, pasándosela ante los ojos; oyó el cuerno de caza de Venus. Antes de haber salido de la edad cachorril, ya Flush era padre.

Si un hombre se hubiera conducido así en 1842, su biógrafo le hubiese hallado quizás alguna disculpa; de haber sido una mujer, no habría habido disculpa posible y su nombre habría desaparecido, borrado por la ignominia. Pero el código moral de los perros —se le considere mejor o peor— es, desde luego, muy distinto al nuestro, y aquella acción de Flush no necesita encubrirse ahora púdicamente, ni le incapacitó entonces para disfrutar de la compañía de las personas más puras y castas. Así, existe la evidencia de que el hermano mayor del doctor Pusey tenía un grandísimo interés en comprarlo. Deduciendo el carácter, conocido, del doctor Pusey el probable carácter de su hermano, debió de haber visto éste en el cachorro algo muy serio, sólido, prometedor de futuras virtudes, por mucha que hubiera sido hasta entonces la liviandad de Flush. Pero una prueba mucho más significativa de los atractivos de que estaba dotado la constituye el haberse negado miss Mitford a venderlo, a pesar de la insistencia de míster Pusey en comprarlo. Teniendo en cuenta lo mal que andaba de dinero —no sabía ya qué tragedia hilvanar, ni qué anuario editar, y se veía reducida al denigrante recurso de solicitar ayuda de sus amistades—, debió de hacérsele muy cuesta arriba rechazar la cantidad ofrecida por el hermano mayor del doctor Pusey. Por el padre de Flush habían

ofrecido veinte libras. Ya hubiera estado bien diez o quince libras por Flush. Diez o quince libras eran una suma principesca, una magnífica suma para poder disponer de ella. Con diez o quince libras podía haber comprado nuevas fundas para las sillas, podía haber vuelto a abastecer el invernadero, haber repuesto su ropero, pues... «No me he comprado desde hace cuatro años ni un gorrito, ni una capa o un vestido; apenas si me habré comprado un par de guantes», escribía miss Mitford en 1842.

Pero vender a Flush... Ni pensar en ello. Pertenecía a esa reducida clase de objetos a los que no puede relacionarse con la idea de dinero. ¿Y no era, en verdad, de esa clase, aún más reducida, que, por concretar lo espiritual, se convierten en el símbolo más adecuado de la amistad desinteresada? Y, en este sentido, ¿no es lo mejor que puede ofrecérsele a una amiga, cuando se tiene la dicha de contar con una, a quien se considera más bien como una hija; a una amiga que se pasa los meses de verano acostada en su dormitorio de la calle Wimpole, a una amiga que es, nada menos, la primera poetisa de Inglaterra, la brillante, la desventurada, la adorada Elizabeth Barrett en persona? Tales eran los pensamientos que embargaban, cada vez con más frecuencia, a miss Mitford mientras contemplaba cómo corría y retozaba Flush al sol, y cuando estaba sentada al borde del lecho de miss Barrett en el oscuro dormitorio —sombreado por la hiedra— de Londres. Sí, Flush era digno de miss Barrett, y ésta era digna de Flush. Un gran sacrificio, es verdad, pero había que hacerlo. Así, un día, probablemente a principios del verano de 1842, bajaba por la calle Wimpole una pareja muy notable: una dama rechoncha, de bastante edad y pobre indumentaria, con el rostro rosado y reluciente, y la viva blancura de sus cabellos, llevando de una cadenita un cachorro spaniel, de la variedad cocker «dorada»; un perrito muy despierto y muy escudriñador... Tuvieron que recorrer casi toda la calle hasta llegar al número 50. No sin un ligero temblor, tocó miss Mitford la campanilla.

Aún hoy, quizás experimenten ese mismo temblor cuantos llamen a una casa de Wimpole Street. Es la más augusta de las calles londinenses, la más impersonal. En efecto, cuando parece que el mundo va a hacerse trizas y que la civilización se va a derrumbar, basta ir a Wimpole Street, recorrer pausadamente aquella avenida, contemplar las casas, fijarse en su uniformidad, maravillarse ante las cortinas de las ventanas y su consistencia, admirar sus llamadores de bronce, observar cómo entregan los carniceros su sabrosa mercancía y cómo la reciben los cocineros, enterarse de las rentas de los inquilinos y deducir de aquí la consiguiente sumisión de éstos a las leyes humanas y divinas... Sólo hay que ir a Wimpole Street y saciarse allí de la paz que se desprende de aquel orden para que podamos respirar tranquilos, contentos de que si Corinto ha caído o Mesina se ha derrumbado, o si mientras el viento se lleva las coronas y se incendian los imperios más antiguos, Wimpole Street sigue imperturbable. Y, cuando salimos de la calle Wimpole

para entrar en la de Oxford, nos sube una plegaria del corazón a los labios para pedir que no muevan ni un ladrillo de Wimpole Street, que no laven sus cortinas ni deje el carnicero de entregar, ni de recibir el cocinero, el lomo, el anca, la pechuga o las costillas, por los siglos de los siglos... Pues, mientras exista la calle Wimpole, está segura la civilización.

Los criados de Wimpole Street se mueven, aún hoy, con mucha calma; pero en el verano de 1842 eran de superior lentitud. Las leyes de la librea eran entonces más rigurosas. El ritual —que prescribía el delantal de bayeta verde al limpiar la vajilla de plata y el chaleco a rayas y la casaca negra de cola de golondrina para abrir la puerta del vestíbulo— era cumplido mucho más estrictamente. Es muy probable que miss Mitford y Flush esperasen por lo menos tres minutos y medio en el umbral. Sin embargo, la puerta del número 50 se abrió por fin de par en par y miss Mitford entró con Flush en la casa. Miss Mitford la visitaba con frecuencia, y nada había en ella que la sorprendiese; pero siempre se sentía algo cohibida en la mansión familiar de los Barrett. A Flush debió causarle una impresión tremenda. Hasta entonces, no conocía más casa que la modesta finca de labor de «Three Mile Cross». Allá estaban vacías las alacenas; las esteras, gastadas; y las sillas eran de clase barata. Aquí nada estaba vacío, nada había que estuviera gastado ni que fuera de clase barata. Flush pudo darse cuenta de esto de un solo vistazo. Míster Barrett, el dueño de la casa, era un rico comerciante; tenía una familia numerosa —hijo e hijas ya mayores— y una servidumbre relativamente grande. Había amueblado su hogar al gusto predominante a fines de la tercera década del siglo, con ligeras influencias, sin duda, de aquella fantasía oriental que le llevó, cuando edificó una casa en Shropshire, a adornarla con las cúpulas y medias lunas de la arquitectura mora. Aquí, en Wimpole Street, no le hubieran permitido semejante extravagancia; pero podemos figurarnos que las sombrías habitaciones —de techo elevado— estarían llenas de otomanas y de artesanado de caoba. Las mesas, de líneas retorcidas, ostentaban sobre ellas figurillas afiligranadas, y de las oscuras paredes —de un color avinado— pendían dagas y espadas. Por muchos rincones se veían curiosos objetos que había traído de sus posesiones en las Indias Orientales, y el suelo lo cubrían ricas alfombras.

Pero Flush —mientras seguía a miss Mitford, que iba tras el lacayo— se sintió más sorprendido por lo que percibía su olfato que por lo que veía. Por el hueco de la escalera subía un tufillo caliente a carne asada, a caldo en ebullición... casi tan apetitoso como el propio alimento para un olfato acostumbrado al mezquino sabor de las frituras y los picadillos —tan raquíuticos— de Kerenhappock. Otros olores se fundían con los culinarios —fragancias de cedro, sándalo y caoba; perfumes de cuerpos machos y de cuerpos hembras; de criados y de criadas; de chaquetas y pantalones; de crinolinas, de capas, de tapices y de felpudos; olores a polvillo de carbón, a

niebla, a vino y a cigarros—. Conforme iba pasando ante cada habitación comedor, sala, biblioteca, dormitorio, —se desprendía de ella una aportación al vaho general. Y, al apoyar primero una pezuña y luego otra, se las sentía acariciadas y retenidas por la sensualidad de las magníficas alfombras que cerraban amorosamente su felpa sobre los pies del visitante. Por último, llegaron a una puerta cerrada, en el fondo de la casa. Unos golpecitos muy suaves, y la puerta se abrió con idéntica suavidad.

El dormitorio de miss Barrett —pues éste era— debía de ser muy sombrío. La luz, oscurecida corrientemente por una cortina de damasco verde, quedaba aún más apagada en verano por la hiedra, las enredaderas de color escarlata, y por las correhuelas y los mastuerzos que crecían en una jardinera instalada en el mismo alféizar de la ventana. Al principio, no pudo Flush distinguir nada en la pálida penumbra verdosa... Sólo cinco globos blancos y brillantes, misteriosamente suspendidos en el aire. Pero también esta vez fue el olor de la habitación lo más sorprendente para él. Sólo un arqueólogo que haya descendido, escalón por escalón, a la cripta de un mausoleo y la haya encontrado recubierta de esponjosidades y resbalosa de tanto musgo, despidiendo acres olores a decrepitud y antigüedad, mientras relampaguean — a cierta altura— unos bustos de mármol medio deshechos, y todo lo ve confusamente a la luz de una lámpara balanceante que cuelga de una de sus manos, y lo observa todo con fugaces ojeadas..., solamente las sensaciones de un explorador como ése —que recorriese las catacumbas de una ciudad en ruinas— podrían compararse con la avalancha de emociones que invadieron los nervios de Flush al entrar por primera vez en el dormitorio de una inválida, en Wimpole Street, y percibir el olor a agua de Colonia.

Muy lentamente, muy confusamente al principio, fue distinguiendo Flush —a fuerza de mucho olfatear y de tocar con sus patas cuanto podía— los contornos de varios muebles. Aquel objeto enorme, junto a la ventana, quizá fuera un armario. Al lado de éste se hallaba lo que parecía ser una cómoda. En medio del cuarto se elevaba una mesa con un aro en derredor de su superficie (o, por lo menos, parecía una mesa). Luego fueron surgiendo las vagas formas de una butaca y de otra mesa. Pero todo estaba disfrazado. Encima del armario había tres bustos blancos; sobre la cómoda se hallaba una vitrina con libros, y la vitrina estaba recubierta con merino carmesí. La mesilla-lavabo tenía encima varios estantes superpuestos en semicírculo y arriba del todo se asentaban otros dos bustos. Nada de cuanto había en la habitación era lo que era en realidad, sino otra cosa diferente. Ni siquiera el visillo de la ventana era un simple visillo de muselina, sino un tejido estampado con castillos, cancelas y bosquecillos, y se veía a varios campesinos paseándose por aquel paisaje. Los espejos contribuían a falsear aún más estos objetos, ya tan falseados, de modo que parecía haber diez bustos representando a diez poetas, en vez de cinco; y cuatro mesas en lugar de dos. Todavía aumentó esta confusión un

hecho inesperado. Flush vio de repente que, por un hueco abierto en la pared, ¡lo estaba mirando otro perro con ojos centelleantes y la lengua colgando! Se detuvo, estupefacto. Luego, prosiguió empavorecido.

Mientras se dedicaba a su exploración, apenas llegaba a Flush el apagado rumoreo de las voces que charlaban; si acaso, como el zumbido lejano del viento por entre las copas de los árboles. Continuó sus investigaciones cautamente, tan nervioso como pudiera estarlo un explorador que avanzase muy despacio por una selva, inseguro de si aquella sombra es un león, o esa raíz una cobra. Pero, finalmente, se dio cuenta de que por encima de él se movían objetos enormes, y como tenía los nervios muy debilitados por las experiencias de aquella hora, se ocultó, tembloroso, detrás de un biombo. Las voces se apagaron. Cerrose una puerta. Por un instante quedó inmóvil, pasmado, con los nervios flojos...

Luego cayó sobre él la memoria con un zarpazo de tigre. Se sintió solo... abandonado. Se precipitó a la puerta. Estaba cerrada. La arañó, escuchó...

Oyó pasos que bajaban. Los conocía de sobra: eran los pasos de su ama. Parecían haberse parado. No, no... seguían escalera abajo, abajo... Miss Mitford bajaba las escaleras muy despacio, pesadamente, a desgana. Y al oírla marcharse, al notar que los pasos de su ama se esfumaban, apoderose de él el pánico. Oía cómo se iban cerrando al pasar miss Mitford puerta tras puerta; se cerraban sobre la libertad, sobre los campos, las liebres y la hierba, lo incomunicaban —cerrándose— de su adorada ama..., de la querida mujer que lo había lavado y le había pegado, la que lo alimentara en su propio plato no teniendo bastante para sí misma... ¡Se cerraban sobre cuanta felicidad, amor y bondad humana le había sido dado conocer! ¡Ya! Un portazo: la puerta de la calle. Estaba solo. Lo había abandonado.

Entonces lo inundó de tal modo una ola de angustia y desesperación, lo aplastó de tal forma la irrevocabilidad y lo implacable del destino, que alzó la cabeza y aulló con fuerza. Una voz dijo «Flush». No lo oyó. «Flush», repitió la voz. Entonces se sobresaltó. Había creído estar solo. Se volvió. ¿Había algo en el sofá? Con la última esperanza de que este ser, quien fuese, le abriera la puerta para que pudiera alcanzar aún a miss Mitford —confiando todavía un poco en que todo esto no fuera sino uno de esos juegos al escondite con los cuales solían entretenerse en el invernadero miss Mitford y él— se lanzó Flush al sofá.

«¡Oh, Flush!», dijo miss Barrett. Por primera vez lo miró ésta a la cara. Y Flush también miró por primera vez a la dama que yacía en el sofá.

Se sorprendieron el uno del otro. A miss Barrett le pendían a ambos lados del rostro unos tirabuzones muy densos; le relucían sus grandes ojos, y su boca, grande, sonreía. A ambos lados de la cara de Flush colgaban sus espesas

y largas orejas; los ojos también los tenía grandes y brillantes, y la boca, muy ancha. Existía cierto parecido entre ambos. Al mirarse, pensaba cada uno de ellos lo siguiente. «Ahí estoy...», y luego cada uno pensaba: «Pero ¡qué diferencia!». La de ella era la cara pálida y cansada de una inválida, privada de aire, luz y libertad. La de él era la cara ardiente y basta de un animal joven: instinto, salud y energía. Ambos rostros parecían proceder del mismo molde, y haberse desdoblado después; ¿sería posible que cada uno completase lo que estaba latente en el otro? Ella podía haber sido... todo aquello; y él... Pero, no. Entre ellos se encontraba el abismo mayor que puede separar a un ser de otro. Ella hablaba. Él era mudo. Ella era una mujer; él, un perro. Así, unidos estrechamente, e inmensamente separados, se contemplaban. Entonces se subió Flush de un salto al sofá y se echó donde había de echarse toda su vida... en el edredón, a los pies de miss Barrett.

CAPÍTULO II

EL DORMITORIO TRASERO

Los historiadores nos aseguran que el verano de 1842 no difirió gran cosa de los demás veranos. Sin embargo, para Flush fue tan diferente que seguramente se preguntaría si hasta el mundo no habría cambiado. Fue un verano pasado en un dormitorio; un verano pasado con miss Barrett. Fue un verano pasado en Londres, pasado en el cogollo de la civilización. Al principio sólo veía la habitación y sus muebles, pero ya esto bastaba para asombrarlo. Identificar, distinguir y llamar por sus verdaderos nombres a todos aquellos objetos —tan diversos— le era muy arduo. Y apenas había conseguido acostumbrarse a las mesas, a los bustos, al lavabo —el perfume del agua de Colonia le impresionaba aún desagradablemente— cuando llegó uno de esos días buenos, sin viento, cálidos, pero no achicharrantes, secos, aunque no polvorientos, en que una persona inválida puede salir a tomar el aire. Llegó el día en que miss Barrett pudo arriesgarse a correr la gran aventura de salir de compras con su hermana.

Le dispusieron el coche. Miss Barrett se levantó del sofá; velada y bien arropada, bajó la escalera. Desde luego, Flush la acompañaba. Saltó al coche en cuanto ella subió. Tendido en su regazo, vio —maravillado— desfilar ante sus ojos toda la magnificencia de Londres en su mejor temporada. El coche recorrió la calle Oxford. Flush vio casas construidas casi sólo con vidrio. Vio ventanas en cuyo interior se cruzaban colgaduras de una alegre policromía, o en las que se amontonaban brillantes piezas rosadas, purpúreas, amarillas... El coche paró. Flush pasó bajo sus arcos misteriosos formados por nubecillas y

transparencias de gasas coloreadas. Las fibras más remotas de sus sentidos se estremecieron al entrar en contacto con un millón de aromas de China y de Arabia. Sobre los mostradores fluían velozmente yardas y yardas de reluciente seda; el bombasí, en cambio, desenrollaba majestuoso su oscura tonalidad, sin prisa. Las tijeras funcionaban. Lanzaban sus destellos las monedas. El papel se plegaba a las cosas y las cuerdas lo apretaban. Y con tanto ondular de colgaduras, tanto piafar de caballos, con las libreas amarillas y el constante desfile de rostros, cansado de saltar y danzar en todas direcciones, nada tiene de particular que Flush —saciado con tal multiplicidad de sensaciones— se adormilara, se durmiera del todo e incluso soñara, no enterándose ya de nada hasta que no lo sacaron del coche y se cerró tras él la puerta de Wimpole Street.

Y al día siguiente, como persistía el buen tiempo, se aventuró miss Barrett a realizar una hazaña aún más audaz: se hizo conducir por la calle Wimpole en un sillón de ruedas. También esta vez salió Flush con ella. Escuchó el repiqueteo de sus pezuñas sobre el duro pavimento de Londres. Por primera vez le llegó al olfato toda la batería de una calle londinense en un caluroso día de verano. Olió las insoportables emanaciones de las alcantarillas, los amargos olores que corroen las verjas de hierro y los olores humeantes —y que se suben a la cabeza— procedentes de los sótanos... Olores más complejos y corrompidos, y que ofrecían un contraste más violento y una composición más heterogénea que cuantos oliera en los campos de Reading, olores fuera del alcance de la nariz humana. Así, mientras el sillón de ruedas seguía adelante, él se detenía, maravillado, definiendo, saboreando cada efluvio hasta que un tirón de collar lo obligaba a seguir su camino. También le asombraba el paso de los cuerpos humanos. Las faldas le tapaban la cabeza al pasar, y los pantalones le cepillaban las caderas; a veces, alguna rueda le rozaba casi el hocico. Cuando pasaba un carromato, un aire de destrucción le resonaba en los oídos y aventaba los mechones de sus patas. Entonces se aterrorizaba. Pero, misericordiosamente, la cadena le tiraba del collar. Miss Barrett lo tenía bien sujeto para evitar que se buscase por imprudencia una irreparable desgracia.

Por último, con todos los nervios latiéndole, y con los sentidos embriagados, llegó a Regent's Park. Y entonces, al ver de nuevo tras años de ausencia (así se lo parecía a él) la hierba, las flores y los árboles, repercutió en sus oídos el ancestral grito de caza y se lanzó a correr como había corrido en el campo familiar. Pero ahora era muy distinto; su impulso se vio cortado en seco por el peso que llevaba al cuello y el inevitable tirón. Cayó sentado sobre las ancas. ¿No había allí árboles y hierba?, pensó. ¿No eran aquéllos los signos de la libertad? ¿No se había lanzado en plena carrera cada vez que miss Mitford salía con él al campo? ¿Por qué aquí estaba prisionero? Aquí —según observó— estaban las flores apelotonadas en reducidos espacios formando grupos mucho más compactos que en «Three Mile Cross». Esas parcelas floridas se

hallaban cortadas por unos senderos duros y negros. Por ellos caminaban unos hombres con espejeantes sombreros de copa. Al verlos, se aproximó temblando al sillón de ruedas y aceptó de buen grado la protección de la cadena. Por esto, cuando hubo salido varias veces de paseo, se formó en su cerebro un nuevo criterio. Atando cabo con cabo, había llegado a una conclusión. Donde hay macizos de flores, hay veredas de asfalto; donde hay macizos y flores y sendas de asfalto, hay hombres con sombreros de copa espejeantes; donde hay macizos de flores, sendas de asfalto y hombres con sombreros de copa espejeantes, los perros han de ir sujetos con cadenas. Aunque incapaz de descifrar ni una palabra del letrero clavado en Regent's Park, se había aprendido la lección: los perros han de ir sujetos con cadenas.

A este núcleo de conocimiento, originado por las extrañas experiencias del verano de 1842, se adhirió pronto otro: los perros no son iguales entre sí, sino diferentes. En «Three Mile Cross» se había mezclado Flush tanto con los perruchos de taberna como con los galgos de los señores; no solía establecer diferencia alguna entre el perro del calderero y él. Incluso era probable que la madre de su hijo —aunque la llamaran spaniel por cortesía— no fuera sino una perra cruzada, cuyas orejas largas procedieran de una casta, y el rabo, de otra. Pero los perros de Landres, según descubrió Flush en seguida, están divididos en dos clases rigurosamente separadas. Unos son perros encadenados; otros van sueltos. Algunos salen a tomar el aire en carruajes y beben en vasijas purpúreas; otros, de aspecto desaliñado y carentes de collares, se las arreglan como pueden en el arroyo. Por tanto, los perros difieren entre sí, comenzó a sospechar Flush. Unos son de elevada condición y otros de baja, y sus sospechas se vieron confirmadas por retazos de conversación entre los perros de Wimpole Street: «¿Ves aquel tipejo? ¡Bah, un mestizo! ¡Caray, vaya un spaniel con buen tipo! ¡Es de la mejor casta inglesa! ¡Qué lástima que no tuviera las orejas un poco más abarquilladas! ¡Fíjate en aquel del tupé!».

De frases como éstas, y del tono de alabanza o de mofa con que eran pronunciadas —ya las oyera junto al buzón de correos o a la puerta de la taberna donde solían comunicarse sus vaticinios sobre las carreras de caballos—, pudo deducir Flush, antes de terminar el verano, que no existe igualdad entre los perros: unos son de clase alta, y otros, de baja clase. ¿A cuál pertenecía él, pues? En cuanto llegó a casa, se examinó cuidadosamente en el espejo. ¡Gracias a Dios, era un perro de muy buena cuna! Su cabeza era de líneas suaves; sus ojos, prominentes pero no saltones, y sus patas, forradas de pelo largo y fino; no desmerecería junto al cocker mejor criado de Wimpole Street. Notó con satisfacción que él también bebía de una vasija purpúrea (tales son los privilegios del alto linaje), e inclinó la cabeza para que le engancharan la cadena al collar (tales son sus penalidades). Cuando miss Barrett lo observó mirándose al espejo, se formó una idea falsa. Lo creyó un filósofo que meditaba sobre la diferencia existente entre la realidad y lo

aparente. Y, en verdad, era un aristócrata que repasaba sus títulos.

Pero pronto terminaron los días hermosos del verano; empezaron a soplar los vientos otoñales, y miss Barrett llevó una vida de completa reclusión en su dormitorio. La vida de Flush también cambió. Su educación exterior fue suplida por la que le proporcionaba el dormitorio, y esto suponía, para un perro del temperamento de Flush, la imposición más violenta que pueda imaginarse. Sus únicos paseos —y éstos muy cortos y de cumplido— eran los que daba con Wilson, la doncella de miss Barrett. Durante el resto del día permanecía en el sofá, a los pies de miss Barrett. Todos sus instintos naturales se veían obstaculizados. El año anterior, cuando habían soplado los vientos otoñales en el Berkshire, lo habían dejado correr con toda libertad por los rastrojos; ahora, en cuanto oía miss Barrett el batir de la hiedra contra los cristales, mandaba a Wilson que cerrase bien la ventana. Cuando las hojas de las enredaderas escarlata y los mastuerzos comenzaron a marchitarse en la jardinera de la ventana y cayeron, se envolvió con mayor cuidado en su chal de la India. Cuando la lluvia de octubre azotaba la ventana, Wilson encendía el fuego amontonaba el carbón en la chimenea. El otoño fue intensificándose hasta hacerse invierno y las primeras nieblas llenaron de ictericia la atmósfera. Wilson y Flush encontraban a tientas el camino para llegar al poste-buzón o a la farmacia. Al regresar, sólo podían distinguir en el cuarto las confusas manchas blanquecinas de los bustos sobre el armario los estantes; los campesinos y el castillo se habían esfumado de la cortinilla; los cristales estaban cubiertos de un amarillo pálido. Flush tenía la impresión de que miss Barrett y él vivían en una cueva llena de cojines e iluminada por el resplandor del fuego. De la calle les llegaba el incesante zumbido del tráfico, con repercusiones amortiguadas; de cuando en cuando pasaba una voz pregonando con rudeza: «¡Se componen sillas viejas y canastas!», apagándose calle abajo. A veces, era una musiquilla callejera que se acercaba, más fuerte a cada instante, y se iba borrando al alejarse. Pero ninguno de estos sonidos significaba libertad, acción ni ejercicio. El viento, la lluvia, los días crudos de otoño y el frío a mediados de invierno sólo se traducían para Flush en calor y quietud, en lámparas encendidas, cortinas corridas y la lumbre atizada a cada momento.

Al principio se le hacía todo ello casi insoportable. No podía evitar el ponerse a danzar por la habitación —uno u otro día otoñal en que el viento soplara— mientras las perdices estarían esparciéndose por los rastrojos. Creía oír disparos entre los rumores que le traía el aire. No podía contenerse cuando ladraba fuera algún perro: corría a la puerta agitándosele la pelambre. Aunque si miss Barrett lo llamaba, o si le ponía la mano en el collar, había de reconocer que otro sentimiento —contradictorio, imperioso y desagradable— frenaba sus instintos. Se echaba, inmovilizándose a los pies de ella. La primera lección que aprendió en la escuela-dormitorio, consistió en sacrificar, en

controlar los instintos más violentos de su ser... Y esta lección era de una dificultad tan portentosa, que con mucho menos esfuerzo aprendieron griego muchos eruditos... Muchas batallas se ganaron en el mundo sin que los generales vencedores hubieran tenido que desplegar tanta fuerza de voluntad. Pero es que la profesora era miss Barrett. Flush sentía, cada vez con más convicción, cómo se estaban ligando el uno al otro a medida que transcurrían las semanas; era aquél un vínculo embarazoso y, sin embargo, emocionante. Se reducía a esto: si el placer de Flush suponía pena para ella, entonces, dejaba su placer de serle placentero, y se le hacía también a él penoso en unas tres cuartas partes. Cada día se evidenciaba la verdad de esta solución. Por ejemplo, alguien abría la puerta y le silbaba, llamándolo. ¿Por qué no había de salir? Ansiaba tomar el aire y estirar las patas; sus miembros se anquilosaban de tanto estar echado en el sofá. Además, nunca llegó a habituarse al olor a agua de Colonia... No, no... Aunque la puerta estuviera abierta, no abandonaría a miss Barrett, pensó ya cerca de la puerta, y volvió al sofá. «Flushie», escribió miss Barrett, «es mi amigo —mi compañero— y me prefiere al sol que tanto le atrae desde fuera...». Ella no podía salir. Estaba encadenada al sofá. «Tengo tan poca cosa que contar como un pájaro en una jaula», escribió también. Y Flush, para quien todos los caminos del mundo estaban abiertos, prefirió renunciar a todos los olores de la calle Wimpole, con tal de permanecer a su lado.

No obstante, el vínculo estuvo muchas veces a punto de romperse; formábanse extensas lagunas en la compenetración entre ellos. En ciertas ocasiones, se quedaban mirándose como si fuesen totalmente extraños el uno para el otro. ¿Por qué, preguntábase miss Barrett, temblaba Flush de pronto, y se erguía, gimoteando, para escuchar quién sabe qué? Ella no oía ni veía nada de particular; no había nadie en la habitación con ellos.

Y es que no podía adivinar lo siguiente. Folly, la perrita King Charles de su hermana, había pasado frente a la puerta; o bien, le estaban dando un hueso de carnero a Catiline, el sabueso cubano, en el sótano. Pero Flush sí que sabía; sus oídos lo tenían al tanto de todo. Devastaban su ser unas rachas alternativas de lujuria y gula. Además, a pesar de su imaginación de poetisa, miss Barrett no podía adivinar cuánto significaba para Flush el paraguas mojado de Wilson, cuántas reminiscencias le traía: selvas, loros, elefantes trompeteando atronadoramente... Ni pudo comprender, cuando míster Kenyon tropezó en el cordón de la campanilla, que Flush oyó entonces las imprecaciones de los hombres morenos por aquellas montañas... El grito Span! Span! repercutió en sus oídos, y si mordió a míster Kenyon, lo hizo movido por un impulso de rabia ancestral y siempre reprimida.

Por su parte, Flush no sabía tampoco a qué obedecían las emociones de miss Barrett. Se estaba allí tendida, horas y horas, pasando la mano sobre un

papel blanco con un palito negro, y sus ojos se le llenaban de lágrimas. Pero ¿por qué? «Ah, mi querido míster Horne», estaba escribiendo; «entonces me falló la salud... y vino el forzoso destierro a Torquay..., lo cual inició en mi vida esa eterna pesadilla, siendo causa de lo que no puedo citar aquí; no hable de eso a nadie. No hable de eso, querido míster Horne». Pero ¡si en la habitación no había ni olor ni sonido que pudiera provocar el llanto de miss Barrett! Al poco rato, pasó ésta nuevamente del llanto a la risa, sin dejar de mover el palito. Había dibujado «un retrato, muy parecido, de Flush, realizado humorísticamente y de manera que más bien se parece a mí», y debajo del dibujo anotó lo siguiente: «Sólo le impide ser un excelente sustituto de mi retrato el que resultaría yo demasiado favorecida». ¿Qué motivo de risa podía haber en aquellas manchas negras que le enseñaba a Flush? Éste no conseguía oler nada en la hoja; ni tampoco percibía sonido alguno. En la habitación no había nadie con ellos. El hecho era que no podían comunicarse con palabras, y esta realidad los llevaba a semejante incompreensión. Pero, por otra parte, ¿no era eso mismo lo que los unía íntimamente? Miss Barrett exclamó cierta vez, después de una mañana de trabajo intenso: «¡Escribir, escribir, escribir!». Quizá pensara: Después de todo, ¿lo dicen todo las palabras?, ¿pueden las palabras expresar algo? ¿No destruirán, por el contrario, los símbolos demasiado sutiles para ellas? Una vez, por lo menos, parece haber confirmado esta opinión. Estaba pensando, mientras yacía en el sofá. Había olvidado a Flush por completo, y la invadieron unos pensamientos tan tristes que la almohada se humedeció de lágrimas. Entonces, una cabeza peluda vino de repente a apretarse contra ella; junto a sus ojos brillaron otros, grandes y titilantes. Se sobresaltó. ¿Era Flush o era Pan? ¿Habría dejado de ser una inválida recluida en Wimpole Street, y sería ya una ninfa griega habitado en algún umbrío bosquecillo de la Arcadia? ¿No era el propio dios barbudo el que unía sus labios a los de ella? Por un momento sintióse transfigurada; era una ninfa, y Flush era Pan. El sol abrasaba, y el amor irradiaba su gloria. Pero, supongamos que Flush hubiera podido hablar... ¿No habría dicho cualquier cosa razonable sobre la plaga que sufría la patata en Irlanda?

También Flush experimentaba extrañas conmociones en lo más íntimo. Cuando veía las delgadas manos de miss Barrett asiendo delicadamente un cofrecito de plata o algún adorno de perlas, sentía como si se le contrajeran sus pezuñas y ansiaba vérselas divididas en diez dedos separados. Cuando oía la voz de ella silabeando innumerables sonidos, ansiaba que llegara el día en que sus amorfos ladridos se convirtieran en sonidos pequeñitos y simples que, como los de miss Barrett, tuviesen tan misterioso significado. Y, al contemplar cómo recorrían aquellos dedos incesantemente la página blanca con el palito negro, deseaba con vehemencia que llegase el tiempo en que también él pudiera ennegrecer papel como ella lo hacía.

¿Podría haber llegado a escribir como ella...? La pregunta es superflua;

afortunadamente, pues, en honor a la verdad, hemos de decir que en los años 1842-43 no era miss Barrett una ninfa, sino una inválida; Flush no era un poeta, sino un spaniel de la casta cocker; y Wimpole Street no era la Arcadia, sino Wimpole Street.

Así pasaban las largas horas en el dormitorio más apartado de la casa, sin nada que las marcara, más que el sonido de pasos por las escaleras, el sonido lejano de la puerta de la calle al cerrarse, el ruido de una escoba al barrer, o la llamada del cartero. Los trozos de carbón crepitaban en la chimenea; luces y sombras resbalaban por las frentes de los cinco bustos pálidos, por los libros de la vitrina y por el rojo merino de ésta. Pero algunas veces los pasos de la escalera no pasaban de largo ante la puerta, sino que se detenían frente a ella. El pestillo giraba; se abría la puerta y alguien penetraba en el dormitorio. ¡Cómo variaba entonces todo el mobiliario del cuarto! ¡Extraño cambio! ¡Qué remolinos de olor y sonido se ponían al instante en circulación! ¡Cómo bañaban las patas de las mesas y eran hendidos por los filos agudos del armario! Probablemente, era Wilson, que entraba la comida en una bandeja, o que traía un vaso de medicina; o también podía ser cualquiera de las dos hermanas de miss Barrett —Arabel o Henrietta—, o quizás uno de los siete hermanos de miss Barrett: Charles, Samuel, George, Henry, Alfred, Septimus u Octavio. Pero, una o dos veces a la semana, notaba Flush que iba a suceder algo de más importancia. La cama la disfrazaban cuidadosamente de sofá. La butaca quedaba junto a ella, miss Barrett se envolvía convenientemente en chales de la India. Los objetos de tocador eran ocultados escrupulosamente bajo los bustos de Chaucer y Homero. A Flush también lo peinaban y cepillaban. Y, a eso de las dos o las tres de la tarde sonaban en la puerta unos golpecitos muy peculiares, diferentes a los habituales. Miss Barrett se ruborizaba, sonreía y tendía la mano. La persona que avanzaba entonces hacia ella podía ser miss Mitford, brillándole su rosado rostro y muy parlanchina, con un ramo de geranios. O quizás fuera míster Kenyon, un caballero de edad avanzada, grueso y bien peinado, irradiando benevolencia y provisto de un libro. No sería raro tampoco que fuese mistress Jameson, señora opuesta en todo a míster Kenyon; «una señora de tez muy pálida y ojos claros, labios finos e incoloros... una nariz y una barbilla muy salientes y afiladísimas». Cada uno de los visitantes tenía su estilo propio, su olor, tono y acento peculiares. Miss Mitford charlaba apresuradamente, pero su animación no le hacía decir superficialidades; míster Kenyon se mostraba muy cortés y culto, y farfullaba un poco porque le faltaban dos dientes; mistress Jameson no había perdido ninguno, y sus movimientos eran tan recortados como sus palabras.

Tendido a los pies de miss Barrett, dejaba Flush que las voces ondulasen sobre él durante horas enteras. Miss Barrett se reía, discutía amigablemente, exclamaba esto o lo otro, suspiraba y reía de nuevo. Por último, con alivio de Flush, se producían breves silencios, interrumpiéndose a ratos hasta el

incansable fluir de las palabras de miss Mitford. ¿Serían ya las siete?, se preguntaba ésta. ¡Llevaba allí desde mediodía! Había de marcharse si no quería perder el tren. Míster Kenyon cerraba el libro —había estado leyendo en voz alta— y se estaba un rato de espaldas al fuego; mistress Jameson planchaba entre sus dedos los de sus guantes, en un gesto mecánico. Y uno de los visitantes daba a Flush unos golpecitos cariñosos, otro le tiraba de la oreja... La rutina de la despedida se prolongaba, intolerablemente; pero, por fin, se levantaba mistress Jameson, míster Kenyon y hasta miss Mitford, decían las consabidas fórmulas, recordaban algo, se olvidaban de cualquier cosa, volvían por ella, llegaban a la puerta, la abrían y, por fin —gracias a Dios—, se marchaban.

Miss Barrett volvía a hundirse —muy pálida, cansadísima— en sus almohadas. Flush se acurrucaba, junto a ella, más cerca que antes. Afortunadamente, ya estaban solos otra vez. Pero las visitas se habían prolongado tanto que ya era casi la hora de cenar. Empezaban a subir olores del sótano. Wilson aparecía en la puerta con la cena de miss Barrett en una bandeja. La colocaba en la mesa, a su lado, y levantaba las tapaderas. Pero con los preparativos para recibir a las visitas, con la charla, el calor de la habitación y la agitación de las despedidas, miss Barrett quedaba demasiado cansada para tener apetito. Exhalaba un débil suspiro al ver la rolliza chuleta de cordero, el ala de perdiz o de pollo que le mandaban de cena. Mientras Wilson permanecía en la habitación, miss Barrett hacía como que comía, agitando el cuchillo y el tenedor. Pero en cuanto se cerraba la puerta y quedaban solos otra vez, le hacía una seña a Flush. Levantaba el tenedor. En él iba clavada toda un ala de pollo. Flush se aproximaba. Miss Barrett movía la cabeza, dando a entender algo. Flush, con gran suavidad y de manera muy hábil —sin dejar caer ni una migaja—, se hacía cargo del ala y la engullía sin dejar huellas. Medio pudin, cubierto de espesa crema, seguía el mismo camino. Nada más limpio y eficaz que esta colaboración de Flush. Después podía vérselo acostado como de costumbre a los pies de miss Barrett —dormido en apariencia— mientras ésta yacía repuesta y descansada, con todo el aspecto de haber comido excelentemente. Entonces se detenían en el descansillo de la escalera unos pasos más decididos, más seguros que los demás; sonaba una llamada solemne —no en tono de si se podía entrar—, se abría la puerta y entraba el caballero más moreno y de aspecto más formidable de todos los caballeros de edad... Míster Barrett en persona. Su mirada se dirigía inmediatamente a la bandeja. ¿Fueron consumidos los manjares? ¿Se obedecieron sus órdenes? Sí, los platos estaban vacíos. Manifestándose en su rostro la satisfacción que le producía la obediencia de su hija, se acomodaba míster Barrett pesadamente en una silla junto a ella. Flush sentía correrle por el espinazo unos escalofríos de terror y horror cuando se le acercaba aquel corpachón sombrío. (Así suele temblar el salvaje, que, tendido en un lecho de

flores, oye rugir el trueno y reconoce en éste la voz de Dios). Entonces Wilson le silbaba y Flush se escabullía con un sentimiento de culpabilidad, como si mister Barrett pudiera leer en sus pensamientos y éstos fueran malvados. Así, se deslizaba del cuarto y corría veloz escalera abajo. En la habitación había penetrado una fuerza temible, una fuerza a la que él no podía hacer frente. Una vez entró inesperadamente y vio a mister Barrett arrodillado junto a su hija, rezando...

CAPÍTULO III

EL ENCAPUCHADO

Una educación como ésta, recibida en el dormitorio trasero de Wimpole Street, hubiera producido su efecto en cualquier perro. Pero Flush no era un perro cualquiera: animoso y, al mismo tiempo, reflexivo; canino, sí, pero a la vez extremadamente sensible a las emociones humanas. En un perro semejante tenía que actuar con poder especialísimo la influencia del dormitorio. Naturalmente, a fuerza de recostar la cabeza sobre un diccionario griego, llegó a hacérsele desagradable ladrar y morder; acabó prefiriendo el silencio del gato a la exuberancia del perro; y, por encima de todo, la simpatía humana. Además, miss Barrett hizo cuanto pudo por refinar y educar aún más las facultades de Flush. Una vez cogió el arpa que se apoyaba en la ventana y le preguntó, poniéndosela al lado, si creía que aquel instrumento —del cual salían sonidos musicales— era un ser vivo. Flush miró, escuchó, pareció dudar unos instantes y luego decidió que no lo era. Entonces lo cogía en brazos y, colocándose con él ante el espejo, le preguntaba: ¿No era aquel perrito castaño de enfrente él mismo? Pero ¿qué es eso de «uno mismo»? ¿Lo que ve la gente? ¿Lo que uno es? Flush reflexionó también sobre esto, e, incapaz de resolver el problema de la realidad, se estrechó más contra miss Barrett y la besó «expresivamente». Aquello, por lo menos, sí que era real.

Llevando frescas aún estas meditaciones y con el sistema nervioso agitado por tales dilemas, bajó la escalera. Y no puede sorprendernos que su continente reflejara cierta altanería, una convicción de superioridad que irritó a Catiline, el sabueso cubano, el cual se lanzó sobre él y le mordió. Flush volvió junto a miss Barrett en busca de consuelo. Y ésta llegó a la conclusión de que «Flush no es precisamente un héroe». Pero, si no era un héroe, ¿no se debía en parte a ella? Era demasiado justa para no comprender que Flush le había sacrificado su valor como prueba de estima, como le había sacrificado el sol y el aire. Esta sensibilidad nerviosa tenía, desde luego, sus inconvenientes; así, cuando mordió a mister Kenyon al tropezar éste con el cordón de la

campanilla, tuvo ella que deshacerse en disculpas; y también era un fastidio cuando se ponía a gemir lamentablemente porque no le permitían dormir en el lecho de su ama; o cuando se negaba a comer si no lo alimentaba ella con sus propias manos. Miss Barrett se echaba a sí misma la culpa de todo ello y se resignaba a estos inconvenientes, porque lo indudable era que Flush la amaba. Por ella había renunciado al aire y al sol. «Merece que se le quiera, ¿no es verdad?», le preguntó una vez a míster Horne. Y, fuera cual fuese la respuesta de míster Horne, miss Barrett sabía muy bien a qué atenerse. Quería a Flush, y Flush era digno de su cariño.

Parecía como si nada pudiera romper aquel lazo, como si los años fueran sólo a irlo apretando y consolidando, y como si en sus vidas no pudiesen existir más años sino los que ambos pasaran en compañía. El mil ochocientos cuarenta y dos se convirtió en mil ochocientos cuarenta y tres; el mil ochocientos cuarenta y tres en mil ochocientos cuarenta y cuatro; el mil ochocientos cuarenta y cuatro en mil ochocientos cuarenta y cinco. Ya no era Flush un cachorro, sino un perro de cuatro o cinco años. Era un perro en lo mejor de su vida... y miss Barrett seguía tendida en el sofá de Wimpole Street y Flush continuaba echado a sus pies. La vida de miss Barrett era la de «un pájaro en su jaula». Llegaba a no salir de casa durante varias semanas, y, cuando salía, era sólo para una o dos horas, yendo de compras en el coche, o haciéndose conducir en el sillón de ruedas a Regent's Park. Los Barrett no salían nunca de Londres. Míster Barrett, los siete hermanos, las dos hermanas, el lacayo, Wilson y las tres criadas, Catiline, Folly, mis Barrett y Flush, seguían todos viviendo en el número 50 de la calle Wimpole, comiendo en el comedor, durmiendo en los dormitorios, cocinando en la cocina, trasegando jarras de agua caliente y vaciando el cajón de la basura, desde enero hasta diciembre. Las fundas de las sillas se estropearon levemente; las alfombras estaban ya un poquito gastadas; el polvillo del carbón, las partículas de barro, el hollín, la niebla, el humo de los cigarros y los vapores del vino y de la carne se fueron acumulando en las grietas, en los tejidos, encima de los marcos, en las volutas de las tallas... y la hiedra volvió a crecer sobre la ventana del dormitorio de miss Barrett; la verde cortina vegetal fue densificándose, y para el verano lucían ya su exuberancia los mastuerzos y las enredaderas escarlatas en la jardinera de la ventana.

Pero una noche, a principios de junio de 1845, llamó el cartero. Las cartas cayeron en el buzón como siempre. Y Wilson, como siempre, bajó a recogerlas. Todo era siempre igual: todas las noches llamaba el cartero, cada noche recogía Wilson las cartas, y cada noche había una carta para miss Barrett. Pero esa noche la carta era diferente. Flush lo comprendió aun antes de ser abierto el sobre. Lo conoció por la manera como lo cogió miss Barrett, por las vueltas que le dio, por cómo miró la escritura vigorosa y aguda en que venía su nombre. Lo supo por la indescriptible vibración de los dedos de su

ama; por la impetuosidad con que éstos abrieron el sobre, por la absorción que leía. Su ama leía y él la contemplaba. Y mientras ella se embecía en la lectura, oía él, como oímos en la duermevela, a través del bullicio de la calle, algún toque de campana alarmante aunque apagado; como si alguien muy lejano se estuviera esforzando en prevenirnos contra un fuego, un robo o cualquier otra amenaza contra nuestra paz, y, con la seguridad de que ese aviso se dirige a nosotros, nos sobresaltamos antes de estar despiertos del todo... Así Flush, mientras miss Barrett leía la hojita emborrugada, oía una campana que lo despertaba de su letargo, anunciándole algún peligro, turbando su calma e instándole a no seguir durmiendo. Miss Barrett leyó la carta rápidamente; volvió a leer despacio, la metió cuidadosamente en el sobre...

También ella se había despertado.

Unas noches después, apareció otra vez la misma carta en la bandeja de Wilson. La leyó rápidamente, luego despacito, y la releyó repetidas veces. Después la guardó con gran solicitud, no en el cajón en que conservaba los voluminosos pliegos de las cartas que miss Mitford le enviaba, sino aparte, en un sitio especial. Ahora recogía Flush el fruto de aquellos años de estar acumulando sensibilidad echado en cojines a los pies de miss Barrett: podía leer signos que los demás no pudieron ni ver. Podía saber, sólo por el contacto de los dedos de miss Barrett, que ésta esperaba únicamente una cosa: la llamada del cartero, la carta en la bandeja. Por ejemplo, si se hallaba acariciándolo con un movimiento leve y acompasado de sus dedos, y de repente se oía la llamada... los dedos se le crispaban y mientras subía Wilson tenía trincado a Flush entre sus manos impacientes. Entonces cogía la carta y él quedaba suelto y olvidado.

Sin embargo, se argumentaba Flush, ¿qué podía temer mientras no se produjese ningún cambio en la vida de miss Barrett? Y no hubo cambio alguno. No vinieron nuevos visitantes. Mister Kenyon seguía acudiendo como siempre; miss Mitford seguía viniendo. Venían los hermanos y las hermanas; y, a última hora de la tarde, entraba mister Barrett. Nada observaron, no sospecharon nada... Esto le hizo tranquilizarse y se esforzó en creer —cuando pasaron unas cuantas noches sin carta— que el enemigo se había retirado. Imaginaba que un hombre embozado en una capa, una figura encapuchada, había intentado introducirse en la casa —como un salteador— y después de hurgar en la puerta y encontrarse con que estaba bien guardada, había huido con el rabo entre las piernas. Flush trató de convencerse de que el peligro había pasado. El hombre se había ido. Entonces volvió a venir la carta.

Como se sucedieron los sobres con creciente regularidad, noche tras noche, comenzó Flush a notar síntomas de cambio en la propia miss Barrett. Por primera vez la vio Flush irritable e inquieta. No podía leer ni escribir. Aquel día se situó junto a la ventana, mirando a la calle. Preguntó a Wilson, con

ansiedad, qué tiempo hacía... ¿Soplaba aún el viento del Este? ¿Había ya en el parque algún indicio de la primavera? ¡Oh, no!, replicó Wilson; el viento seguía siendo un viento del Este muy malo. Y Flush tuvo entonces la impresión de que mis Barrett se sentía a la vez aliviada y molesta. Tosió. Se quejó... Parecía sentirse mal..., pero no tan mal como solía estar cuando soplaba el viento del Este. Y entonces, al quedarse sola, relejó la carta de la noche anterior. Era la más larga de cuantas recibiera. Constaba de muchas páginas densamente cubiertas, con muy poco blanco entre las manchas negras, con gran abundancia de esos jeroglíficos pequeñitos y violentos. Esto lo podía ver Flush desde su puesto a los pies de ella. Pero no le decían nada las palabras que miss Barrett murmuraba para sí. Sólo pudo captar la agitación que la recorrió cuando llegó al final de la página y leyó en voz alta (aunque ininteligible): «¿Cree usted que la veré dentro de dos meses, o dentro de tres?».

Después tomó la pluma y la pasó, rápida y nerviosamente, por una hoja, luego por otra... Pero ¿qué querían decir aquellas palabritas que escribía miss Barrett? «Se acerca abril. Habrá un mayo y un abril —si vivimos para verlo— y quizá, después de todo, pudiéramos... Desde luego, veré a usted cuando el buen tiempo me haya hecho revivir un poco... Pero al principio es posible que tema el verle... aunque el escribirle así no me cause rubor. Usted es Paracelso; y yo soy una reclusa; con los nervios rotos en el tormento y ahora lacios y temblando al menor ruido de pasos, al menor soplo».

Flush no entendía lo que su ama escribía a una o dos pulgadas por encima de su cabeza. Pero comprendía, igual que si hubiese sabido leer, la extraña turbación que la conmovía al escribir los deseos contradictorios que la agitaban: que llegara abril, y que no llegara; poder ver en seguida al desconocido, y no verlo jamás. Flush también temblaba, como ella, al menor soplo. Los días proseguían su marcha implacable. El aire sacudía la cortinilla. El sol blanqueaba los bustos. Se oía cantar un pájaro en su muda. Pasaban vendedores pregonando «¡Se venden flores!» por la calle Wimpole abajo. Y él sabía que todos estos eran indicios de la llegada de abril, y luego vendrían mayo y junio... Nada podría detener la llegada de aquella horrible primavera. Pues ¿qué traería ésta consigo? Algo terrorífico... algún horror... algo que temía mis Barrett y que Flush temía igualmente. Se asustó al oír unos pasos en la escalera. Sólo era Henrietta. Luego, unos golpecitos en la puerta: míster Kenyon tan sólo. Así pasó abril, y así transcurrieron los veinte primeros días de mayo. Entonces, el 21 de mayo, llegó el día. Flush lo comprendió en seguida. En efecto, el martes 21 de mayo, se contempló miss Barrett minuciosamente en el espejo; se atavió con gran gusto con sus chales de la India; pidió a Wilson que le acercara la butaca, pero no demasiado; tocó este objeto y aquél y el de más allá, y sentose luego muy derecha entre sus almohadas. Flush se echó a sus pies, muy tieso. Esperaron solos los dos. Por

fin, el reloj de la iglesia de Marylebone dio las dos; esperaron. Después el reloj de Marylebone Church dio una sola campanada. Las dos y media. Y, al apagarse la resonancia de la campanada, sonó un audaz aldabonazo en la puerta de la calle. Miss Barrett empalideció; se quedó muy quieta. Flush tampoco se movió. Escaleras arriba se acercaban las temidas e inexorables pisadas; venía hacia ellos —Flush lo sabía— el individuo enmascarado y siniestro de la medianoche... El encapuchado. Ya puso la mano sobre la puerta. El pestillo giró. Allí estaba.

—Míster Browning —dijo Wilson.

Flush, que observaba a miss Barrett, la vio sonrojarse, vio cómo le brillaron los ojos y se le abrieron los labios:

—¡Míster Browning! —exclamó.

Retorciendo sus guantes amarillos entre las manos y pestañeando —nervioso, bien peinado, dominante y áspero—, míster Browning cruzó la habitación. Tomó una mano de miss Barrett entre las suyas y se hundió en la butaca junto al sofá. Inmediatamente empezaron a hablar.

Y, mientras hablaban, Flush se sintió horriblemente solo. Cierta vez le había parecido que él y miss Barrett estaban juntos en una cueva iluminada por el resplandor del fuego. Ahora no era ya una cueva con fuego, sino húmeda y oscura. Miss Barrett había salido de la cueva... Miró en derredor suyo. Todo había cambiado. La vitrina de los libros, los cinco bustos... Éstos no eran ya deidades amigas que presidieran aprobándolo todo; ahora tenían un aspecto severo, un perfil hostil... Cambió de posición a los pies de miss Barrett. Ésta no se fijó en ello. Exhaló un ligero aullido. No lo oyeron. Por último, se resignó a estarse quieto, en tensa y silenciosa angustia. Proseguía la conversación, pero no con el fluir habitual y la típica ondulación de todas las conversaciones. No, ésta saltaba y tenía bruscos altibajos. Se paraba y volvía a brincar. Flush no había oído nunca aquel tono en la voz de miss Barrett, ni el vigor y la excitación que tenía ahora. Sus mejillas se encendían como nunca las viera encenderse; sus ojazos relucían como jamás los viera relucir. El reloj dio las cuatro; pero siguieron hablando. Dio luego las cuatro y media. Y entonces míster Browning se puso en pie de un salto. Una tremenda decisión, una audacia temible se desprendían de cada uno de sus movimientos. Un momento después, ya había estrechado en su mano la de miss Barrett, había recogido su sombrero y sus guantes, y había dicho adiós. Lo oyeron correr escaleras abajo. Sonó un portazo. Se había ido.

Esta vez no volvió miss Barrett a hundirse en las almohadas como solía hacerlo cuando partían míster Kenyon o miss Mitford. Ahora mantuvo la actitud erguida; los ojos le brillaban aún y sus mejillas seguían arreboladas. Parecía como si creyera que míster Browning estaba aún con ella. Flush la

tocó. Entonces, recordó miss Barrett su presencia. Le dio alegremente unas palmaditas en la cabeza y, sonriente, le dirigió una mirada de lo más extraño, como deseando que pudiera hablar, como si esperase de él que experimentara las mismas emociones que ella. Y luego rompió a reír, compadeciéndolo, dando a entender que era absurdo sintiese Flush —el pobre Flush— lo que ella sentía. ¿Cómo iba a saber él lo que sabía ella? Nunca los había separado tan inmensa distancia. Se sentía muy solo; tenía la impresión de que hubiera sido igual no estar allí. Miss Barrett no le hacía el menor caso.

Y aquella noche dejó pelados los huesos del pollo. Nada quedó para Flush; ni una pizca de patata, ni un pellejito... Cuando llegó míster Barrett, como de costumbre, hubo de admirarse Flush de su cerrazón. Sentose en la mismísima silla donde se había sentado el hombre. Su cabeza se apoyó en el mismo sitio donde se reclinara el hombre... y no se dio cuenta de nada. «Pero ¿es posible que no sepa», se asombraba Flush, «quién ha estado sentado en esta butaca? ¿No lo huele?». Pues para Flush toda la habitación estaba aún impregnada de la presencia de míster Browning. El aire revelador pasaba sobre la vitrina y flotaba alrededor de los cinco bustos pálidos, enroscándose en las cabezas. Pero el hombre aquel, tan corpulento, seguía abstraído junto a su hija. No observaba nada. Nada le hacía sospechar. Flush, maravillado ante tal estupidez, se escabulló de la habitación.

Pero hasta los familiares de miss Barrett empezaron a notar —pese a su increíble ceguera— un cambio en la vida de aquélla. Salía del dormitorio y se estaba en el salón de abajo. Luego hizo lo que no hiciera desde muchísimo tiempo: dio un paseo a pie, con su hermana, hasta la Puerta de Devonshire Place. Sus amistades y su familia se asombraban de su mejoría. Pero sólo Flush sabía de dónde le venía la fortaleza: del hombre moreno de la butaca. Volvió éste otra vez, y otra, y otra... Primero, una vez a la semana; luego, dos veces a la semana. Siempre venía por la tarde y se iba también por la tarde. Miss Barrett lo veía siempre a solas. Y, si no venía él, venían sus cartas. Y, cuando él se marchaba, se quedaban allí sus flores. Y, por las mañanas, cuando la dejaban sola, se ponía miss Barrett a escribir. Aquel hombre, moreno, tieso, áspero y vigoroso —con el cabello negro, las mejillas rosadas y los guantes amarillos—, se hallaba presente en todas partes. Naturalmente, miss Barrett se encontraba mucho mejor; desde luego, podía ya andar. Al mismo Flush le era imposible estarse quieto. Revivían en él antiguos deseos; una nueva inquietud se apoderó de él. Hasta su sueño se pobló de ensueños. Soñó como no había soñado desde los lejanos días de «Three Mile Cross», con liebres que salían disparadas de la alta hierba, faisanes pavoneándose con el despliegue de sus largas colas, perdices que se elevaban de los rastrojos con bullicioso tableteo de alas. Soñó que estaba cazando, y también que perseguía a una spaniel con pintas, la cual se le escapaba. Estaba en España; estaba en Gales; estaba en Berkshire; huía de los garrotes de los guardias en Regent's Park. Entonces

abrió los ojos. Nada. No había liebres ni perdices, ni látigos restallando, ni hombres morenos que gritasen: Span! Span! Sólo míster Browning, en la butaca, hablando con miss Barrett, recostada en el sofá.

Llegó a hacersele imposible dormir mientras estaba allí aquel hombre. Flush escuchaba continuamente, con los ojos muy abiertos. Aunque no podía entender las palabritas que chocaban encima de su cabeza, desde las dos y media hasta las cuatro y media —tres veces a la semana— sí podía captar con terrible exactitud que el tono de las voces iba cambiando. La de miss Barrett había sonado al principio con un tono forzado y una animación ficticia. Ahora había ganado un ardor y una confianza como Flush no le oyera hasta entonces. Y, cada vez que venía el hombre, surgía un nuevo sonido en sus voces: en ocasiones, producían éstas una cháchara grotesca o bien pasaban sobre él rozándole levemente como pájaros en vuelo; otras veces, se arrullaban y cloqueaban como algunas aves; y, poco a poco, se iba elevando la voz de miss Barrett, remontándose en espiral por el aire. Entonces, la voz de míster Browning ladraba con sus ásperas risotadas, y, poco después sólo se oía un murmullo, un moscardoneo tranquilo de ambas voces en una. Pero, al convertirse el verano en otoño, notó Flush, con horrible aprensión, que aparecía un tono distinto a los anteriores. La voz del hombre revelaba una urgencia, una energía, un afán de convencer diferentes, y Flush comprendía que esto asustaba a miss Barrett. Su voz se turbaba, vacilaba, y parecía irse apagando y entrecortarse, haciéndose suplicante en ciertos momentos, como si solicitase una tregua, como si tuviera miedo... El hombre callaba entonces.

A él le prestaban muy poca atención. Míster Browning le hacía el mismo caso que si hubiera sido un leño colocado a los pies de miss Barrett. A veces, al pasar junto a él, le restregaba la cabeza vivamente, de un modo espasmódico, con energía y sin sentimiento. Fuera aquello una caricia o no, Flush sólo sentía una profunda aversión hacia míster Browning. Sólo con verlo tan bien vestido, tan tieso, tan vigoroso, retorciéndose sus guantes amarillos... sólo con eso se le afilaban los dientes. ¡Oh, si los cerrara con todas sus fuerzas sobre la tela de los pantalones! Pero no se atrevía. En conjunto, aquel invierno —1845-46— fue el más angustioso que pasó Flush en su vida.

Transcurrió el invierno y presentose otra vez la primavera. Flush no le veía el fin a aquello. Y, sin embargo, así como un río —aunque esté reflejando árboles inmóviles, vacas paciendo y las cornejas que regresan a sus ramas— fluye inexorablemente hacia una catarata, así fluían aquellos días, hacia una catástrofe. Flush estaba seguro de ello. En el aire flotaban rumores de mudanza. Llegó a pensar que era inminente algún éxodo de grandes proporciones. Se notaba en la casa esa perturbación indefinible que precede —pero ¿sería posible?— a un viaje. Sacudían el polvo a las cajas, y, por increíble que parezca, las abrían. Luego las volvían a cerrar.

No, no era la familia la que se mudaba. Los hermanos y las hermanas seguían entrando y saliendo como de costumbre. Míster Barrett visitaba a su hija —cuando se marchaba el hombre aquel— a la hora de siempre. ¿Qué iba, pues, a suceder? Porque desde luego pasaría algo; de eso no le cabía a Flush la menor duda al finalizar el verano de 1846. Lo percibía nuevamente en el sonido alterado de las eternas voces. La de miss Barrett, que había sido suplicante y temerosa, perdió su tono entrecortado. Sonaba con una decisión y una audacia que Flush no le había oído nunca. ¿Si míster Barrett hubiera podido oír aquel tono con que acogía al usurpador, las risas con que lo saludaba, la exclamación que él profería al tomar en sus manos las de ella? Pero en la habitación sólo estaba Flush con ellos. Y para él el cambio resultaba de lo más deprimente. No era sólo que miss Barrett cambiase respecto a míster Browning, sino que cambiaba en todos sentidos... incluso hacia Flush. Trataba sus carantoñas con más brusquedad; riéndose, le cortaba en seco sus zalemas, dejándole la impresión de que sus manifestaciones de cariño resultaban afectadas, insignificantes y tontas. Se exacerbó su vanidad. Inflamáronse sus celos. Por último, al llegar el mes de julio, decidió realizar un violento esfuerzo para reconquistar el favor de su ama, y quizá para expulsar al intruso. No sabía cómo llevar a cabo este doble propósito; no se le ocurría un plan aceptable. Pero de pronto —el día 8 de julio— lo arrastraron sus sentimientos. Se arrojó contra míster Browning y le mordió ferozmente. ¡Por fin se habían cerrado sus dientes sobre la inmaculada tela del pantalón de míster Browning! Pero la pierna que encerraba era dura como el hierro... La pierna de míster Kenyon era de mantequilla, si se comparaba con ésta. Míster Browning lo apartó de sí con un papirotazo y siguió hablando. Ni él ni miss Barrett parecieron conceder al ataque la menor importancia. Flush, vencido en toda línea, deshecho, con todas sus flechas agotadas, volvió a tumbarse en los cojines, jadeando de rabia y decepción. Pero se había equivocado respecto a la reacción interna de miss Barrett. Cuando marchó míster Browning, ésta llamó a Flush y le infligió el peor castigo que recibiera en su vida. Primero le dio un coscorrón en las orejas... Eso no tenía importancia; aunque parezca mentira, le agradó aquel golpecillo y le hubiera gustado recibir otro. Pero lo malo fue que le dijo luego, con su tono más serio, que ya no lo quería. Aquel dardo se le clavó en el corazón. Tantos años viviendo juntos, compartiéndolo todo, y no lo quería. Que no volvería a quererlo...

Entonces, y como para significarle bien que había caído en desgracia, cogió las flores que trajera míster Browning y las puso en agua en un jarro. Flush pensó que este acto estaba calculado para hacerle sentir de modo definitivo su propia insignificancia. «Esta rosa es para él», parecía decir miss Barrett, «y este clavel. Que luzca el color rojo junto al amarillo; y el amarillo junto al rojo. Y aquí el verde de las hojas...». Colocando las flores unas al lado de otras, se apartaba de ellas unos pasos para contemplarlas como si el

hombre de los guantes amarillos se hubiera convertido en una masa de flores de vivo colorido. Pero, aun así, aun estando embelesado con flores y hojas, no pudo desprenderse por completo de la mirada fija que Flush tenía clavada en ella. No podía dejar de notar aquella «expresión de profunda desesperación en su cara». No tuvo más remedio que aplacarse. Por último, le dije: «¡Si fueras bueno, Flush, me pedirías perdón!, y, cruzando rápidamente el cuarto, temblando como un azogado, besó primero una de mis manos y luego la otra, tendiéndome las pezuñas para que se las estrechase, y me miró a los ojos con tal expresión de súplica en los suyos, que tú también lo hubieras perdonado». Ésta fue la relación de lo sucedido, enviada por miss Barrett a míster Browning; y él contestó. «¡Oh, pobre Flush!, ¿crees que no lo quiero y lo respeto por su celosa supervisión... por tardar tanto en aceptar a otra persona, después de haberte conocido...?». A míster Browning le era fácil mostrarse magnánimo, pero esa magnanimidad sin esfuerzo era quizá la espina más dolorosa que tenía clavada Flush.

Otro incidente, ocurrido pocos días después, demostró cuán grande era la separación entre su ama y él —¡tan íntimos como habían sido!—, y lo poco que podía contar Flush con el afecto de miss Barrett. Una tarde, después de marcharse míster Browning, decidió miss Barrett pasear en coche con su hermana por el Regent's Park. Cuando se apeaban a la entrada del parque, Flush se cogió una pezuña con la portezuela del coche. «Aulló lamentablemente» y mostró a su ama la patita magullada, en busca de consuelo. Antes, por mucho menos que eso le habrían prodigado los consuelos más cariñosos. Pero ahora surgió en el rostro de miss Barrett una expresión entre indiferente y burlona. Se rio de él. Se había figurado que estaba fingiendo, porque, «... en cuanto pisó la hierba, salió corriendo sin acordarse más de ello». Y añadió este comentario sarcástico. «Flush explota muy bien todas sus desventuras —es de la escuela de Byron—, il se pose en victime». Pero en aquella ocasión se había equivocado miss Barrett, ensimismada en sus propias emociones. Aunque se le hubiera partido la pezuña, habría echado a correr. Aquella escapada era la respuesta a la burla de su ama. Nada tengo que ver contigo..., ése era el significado de su huida. Las flores le dejaron un olor amargo; la hierba le quemaba las pezuñas. Pero seguía corriendo, flechándose en todas direcciones. «Los perros deben llevar cadenas», decían los letreros. Los guardas del parque —con sombreros de copa— iban provistos de unos garrotes para hacer efectiva la orden. Pero «deber» no tenía ya para él ningún sentido. Habíase roto la cadena del amor. Correría por donde quisiera; cazaría perdices, perseguiría spaniels, se dejaría caer sobre los lechos de dalias, patearía las rosas rojas y amarillas... Que le arrojaran los guardas sus garrotes, si querían. Que le sacaran los sesos, si se les antojaban. Que lo tirasen, muerto, y desventurado, a los pies de miss Barrett. Nada le importaba. Pero, claro está, no ocurrió nada de eso. Nadie lo persiguió, ni se fijó en él nadie. Un guarda

solitario hablaba con una nodriza. Por último, volvió junto a miss Barrett y ésta le sujetó la cadena al collar y se lo llevó a casa.

Después de aquellas dos humillaciones, se habría desmoralizado cualquier perro e incluso cualquier ser humano. Pero Flush, pese a su suavidad y a su exterior sedoso, tenía los ojos centelleantes y unas pasiones que no sólo cabrilleaban en llama viva, sino que sabían también encubrirse como rescoldo. Decidió enfrentarse a solas con su enemigo. Este encuentro final no debía interrumpirlo una tercera persona. Sería asunto exclusivo de ambos rivales. Por tanto, en la tarde del martes, 21 de julio, bajó al vestíbulo y aguardó allí. No tuvo que esperar mucho. Pronto oyó en la calle las pisadas que le eran conocidas; en seguida, los aldabonazos en la puerta. Abrieron y pasó míster Browning. Previniendo vagamente el inminente ataque y dispuesto a recibirlo con el mayor espíritu de conciliación, míster Browning venía provisto de una cajita de dulces. Allí estaba Flush, esperándole en el vestíbulo. Míster Browning debió intentar, evidentemente, acariciarlo y quizá hasta llegara a ofrecerle un pastelito. Bastó aquel gesto. Flush se arrojó contra su enemigo con violencia sin igual. Una vez más se cerraron sus dientes sobre los pantalones de míster Browning. Pero, desgraciadamente, con la excitación del momento, olvidó lo que era más esencial: el silencio. Ladró; se lanzó contra míster Browning ladrando escandalosamente. Aquello fue suficiente para alarmar a toda la casa. Wilson bajó a toda velocidad. Wilson le pegó a conciencia. Wilson se lo llevó ignominiosamente. Pues ¿qué mayor ignominia que haber atacado a míster Browning y haber sido vencido por Wilson? Míster Browning no había movido ni un dedo. Llevándose sus pasteles, míster Browning siguió su camino, escaleras arriba, hasta el dormitorio. Iba ileso, imperturbable, como si nada hubiera ocurrido. A Flush lo encerraron.

Tras dos horas y media de degradante reclusión en la cocina con loros y escarabajos, helechos y cazos, lo hicieron subir por orden de miss Barrett. Estaba tendida en el sofá con su hermana Arabella a su lado. Convencido de la rectitud de su propia conducta, Flush se fue derecho a su ama. Pero ella no quiso ni mirarlo. Volvióse hacia su hermana Arabella, limitándose a decir: «Vete de aquí, malo». Wilson estaba allí —la formidable, la implacable Wilson—, y a ella le pidió miss Barrett un relato de lo ocurrido. Wilson dijo que le había pegado «porque era de justicia». Y añadió que sólo le había pegado con la mano. Fue bastante el testimonio de Wilson para que Flush fuera declarado culpable. El ataque —daba miss Barrett por cierto— no había sido provocado; acreditó a míster Browning con toda la virtud y toda la generosidad imaginables. Flush había sufrido un castigo a manos de una criada —aunque sin emplear el látigo— «porque era de justicia». No había más que decir. Miss Barrett sentenció, pues, contra él; «de manera que se echó en el suelo a mis pies», escribió ésta, «mirándome por debajo de las cejas». Pero, por mucho que la mirara Flush, miss Barrett rehuía su mirada. Ella, tendida en

el sofá; él, tendido en el suelo alfombrado.

Y mientras sufría su destierro en la alfombra, experimentó una de esas trombas de tumultuosas emociones, en que el alma se ve unas veces lanzada contra las rocas y hecha trizas; y otras —cuando encuentra un punto de apoyo y consigue encaramarse lenta y dolorosamente por el acantilado— llega a tierra firme, y se halla por fin sobreviviendo a un universo en ruinas y divisando ya un nuevo mundo creado con arreglo a un plan muy diferente. ¿Qué ocurriría en este caso: destrucción, o reconstrucción? Ése era el dilema. Aquí sólo podemos bosquejarlo, pues el debate fue silencioso. Por dos veces había hecho Flush toda lo posible por matar a su enemigo. Ambas veces había fracasado. ¿Y a qué se debía este fracaso?, se preguntó a sí mismo. Porque amaba a miss Barrett. Mirándola por debajo de las cejas, y viéndola tan silenciosa y severa reclinada en sus almohadas, comprendía que la amaría toda su vida. Las cosas no son simples, sino complejas. Morder a míster Browning era morderla también a ella. El odio no es sólo odio: es también amor. Al llegar a este punto sacudió Flush las orejas en un mar de confusiones... Se revolvió intranquilo en la alfombra. Míster Browning era miss Barrett...

Miss Barrett era míster Browning; el amor es odio y el odio es amor. Se estiró, gimoteó e irguió la cabeza. El reloj dio las ocho. Había estado allí tres horas, entre los cuernos de aquel dilema.

Miss Barrett —severa, fría e implacable— dejó descansar la pluma. «¿Qué malo ha sido Flush!», le había estado escribiendo a míster Browning, «... si la gente parecida a Flush se conduce tan salvajemente como él, ¡que se resignen a aceptar las consecuencias de su conducta, como suelen hacer los perros! ¡Y tú, tan bueno y amable para con él! Cualquiera que no hubiera sido tú se habría permitido, por lo menos, algunas palabras irritadas». En realidad, pensó, sería una buena idea comprar un bozal. Entonces miró a Flush. Debió de observar en él algo insólito que la sorprendió. Dejó la pluma a un lado. Una vez la había despertado con un beso y creyó que era el dios Pan. También recordó cuando se comía el pollo y el pudín de arroz cubierto de crema. Y que había renunciado al sol por afecto hacia ella. Lo llamó y le dijo que le perdonaba.

Pero aunque lo perdonaran como por una falta leve, aunque volviese al sofá, no habían pasado por él en vano aquellas horas de angustia en el suelo, y no podía considerársele el mismo perro de siempre, cuando en verdad era un perro totalmente distinto. Por lo pronto, se sometió, porque estaba cansado. Pero unos días después, tuvo lugar una notable escena entre miss Barrett y él, con la cual se hizo patente la profundidad de sus emociones. Míster Browning había estado allí y ya se había ido. Flush se hallaba solo con miss Barrett. Lo normal hubiera sido haberse echado a sus pies en el sofá. En cambio, esta vez, sin acercarse a ella en busca de sus caricias, se dirigió al mueble llamado ya

«la butaca de míster Browning». Habitualmente, odiaba aquel asiento, que aún conservaba la huella del cuerpo de su enemigo. Pero ahora —de tal magnitud era la batalla que había ganado, tan grande era la caridad que lo invadía— no sólo se quedó mirando a la silla, sino que, sin cesar de contemplarla, «de pronto cayó en un éxtasis». Miss Barrett, que lo observaba con intensa atención, notó este portentoso. Luego le vio volver los ojos hacia la mesa. En ella estaba aún el paquetito con los pasteles de míster Browning. «Me hizo recordar los pastelillos que había dejado en la mesa». Ya estaban pasados; pasteles privados por el tiempo de todo atractivo carnal. Era clara la intención de Flush: Se había negado a comer los pasteles cuando estaban recién hechos, porque se los ofrecía un enemigo. Ahora que estaban rancios se los iba a comer, porque procedían de un enemigo convertido en amigo; por ser símbolos de un odio trocado en amor. Sí —dio a entender—, ahora sí se los comería. De modo que miss Barrett se levantó y sacó los pastelillos. Y al dárselos, lo aleccionó... «Así le expliqué que eras tú quien se los había traído y que, por tanto, debía sentirse avergonzado de su maldad pasada y decidirse a amarte y a no morderte más en lo futuro... y le permití que disfrutara de tu bondad para con él». Mientras tragaba el marchito hojaldre de aquellos dulces incomibles —estaban agrios, enmohecidos y deshechos— se repetía Flush solemnemente, en su propio idioma, las palabras que ella empleara... y juró querer a míster Browning y no morderlo nunca más.

Fue recompensado espiritualmente; aunque los efectos de esta recompensa repercutieron en lo físico. Así como un trozo de hierro que, incrustado en la carne, corroe y aniquila todo impulso vital a su alrededor, así había actuado el odio en su alma durante aquellos meses. Ahora le había sido extraído el hierro mediante una dolorosa operación quirúrgica. Le volvía a circular la sangre; los nervios le vibraban de nuevo; su carne se iba rehaciendo. Flush oía otra vez trinar a los pájaros, sentía crecer las hojas de los árboles. Mientras yacía en el sofá a los pies de miss Barrett, se le llenaban las venas de gloria y delicia. Ahora estaba con ellos, no contra ellos; las esperanzas y los deseos de ellos eran también los suyos. Le apetecía ahora ladrar a míster Browning... pero para expresarle su cariño. Las palabras breves y afiladas de éste, lo estimulaban mucho, aun sin entenderlas. «¡Necesito una semana de martes», exclamaba míster Browning, «y luego un mes... un año... una vida entera!». «¡Yo», repetía el eco de Flush, «también necesito un mes... un año, una vida! Necesito cuanto vosotros necesitéis. Los tres somos conspiradores en una causa gloriosa. Nos une la simpatía. Nos une la prevención contra la tiranía morena y corpulenta. Nos une el amor...». En resumen, que todas las esperanzas de Flush se basaban ahora en algún triunfo confusamente intuido, pero de segura consecución, en alguna gloriosa victoria que iba a ser de los tres en común; cuando de pronto, sin una palabra que lo previniera, y en el mismo centro de la civilización, de la seguridad y la amistad (se encontraba,

con miss Barrett y la hermana de ésta, en la calle Vere y era el 1.º de septiembre), sintió que lo hundían patas arriba en las tinieblas. Se cerraron sobre él las puertas de un calabozo. Lo habían robado.

CAPÍTULO IV

WHITECHAPEL

«Esta mañana, Arabel y yo fuimos en coche a la calle Vere —y llevamos con nosotras a Flush—», escribió miss Barrett, «pues teníamos que hacer unas compras, y nos siguió como de costumbre de tienda en tienda, y cuando fui a subirme al coche, estoy segura de que estaba a mi lado. Me volví, dije. “¡Flush!”, y Arabel lo anduvo buscando... ¡Ni rastro de Flush por ninguna parte! Lo habían robado en aquel mismo momento; quitándomelo de junto a mis talones, ¿comprendes?». Míster Browning lo comprendió perfectamente: miss Barrett había olvidado la cadena y, por tanto, habían robado a Flush. Tal era, en el año 1846, la ley de Wimpole Street y de sus alrededores.

Es cierto que nada podía superar la aparente seguridad de la calle Wimpole. En el radio de acción que pudiera abarcar un inválido en su paseo a pie o un sillón de ruedas, solo podía verse una agradable perspectiva de casas de cuatro pisos, ventanas de limpios cristales y puertas de caoba. Incluso un coche de dos caballos no necesitaba, si el cochero era discreto, salir de los límites del decoro y la respetabilidad para dar un paseíto por la tarde. Pero suponiendo que no fuera usted un inválido, que no poseyera usted un coche de dos caballos, o que fuera usted —y mucha gente lo era— una persona activa, sana y aficionada a andar, podría usted haber visto un panorama, oído un idioma y percibido unos olores —a poquísima distancia de Wimpole Street— que le habrían hecho dudar de la solidez de la misma calle Wimpole. Esto le ocurrió a míster Thomas Beames, cuando se le metió en la cabeza —por aquella época, aproximadamente— darse una vuelta por Londres. Le dejó estupefacto lo que vio. En Westminster se elevaban espléndidos edificios, pero a sus mismas espaldas se encontraban unos barracones en ruinas en los cuales vivían unos seres humanos amontonados en una sola habitación que daba al establo, insuficiente éste también para las vacas. «Dos habitantes por cada siete pies cuadrados», decía míster Beames. Éste se creyó en el deber de contarle a la gente lo que había visto. Pero ¿cómo describir, sin herir las conveniencias, un dormitorio situado encima de un establo, y donde se apiñaban dos o tres familias, teniendo en cuenta además que el establo no tenía ventilación y que a las vacas las ordeñaban, las mataban y se las comían debajo del dormitorio? Para esa tarea descriptiva —como comprendió míster

Beames cuando quiso intentarla— no bastaban los recursos del idioma inglés. No obstante, tenía la convicción de que debía contar lo que había observado en su paseo de una tarde por algunas de las parroquias más aristocráticas de Londres. El peligro del tifus era grandísimo. Los ricos no se daban cuenta del riesgo que corrían. No podía callarse después de haber descubierto lo que descubriera en Westminster, Paddington y Marylebone. Por ejemplo, visitó una antigua mansión que había pertenecido en tiempos a algún gran aristócrata. Aún quedaban restos de las chimeneas de mármol. Las estancias artesonadas y los balaustres labrados; pero el pavimento se hallaba destrozado y las paredes destilaban suciedad. Unas hordas de mujeres y hombres semidesnudos se habían acuartelado en las antiguas salas de fiestas. Siguió su paseo y halló, en el lugar que antes ocupaba otra mansión señorial —mandada derribar por un constructor con iniciativas—, una casa de vecindad, hecha de pacotilla. La lluvia calaba el tejado y el viento atravesaba las paredes. Vio a un niño que llenaba una lata del agua verdosa y brillante que corría por el arroyo, y le preguntó si bebían esa agua. Sí, la bebían y lavaban con ella, pues el propietario sólo dejaba correr el agua dos veces a la semana. Este espectáculo era mucho más sorprendente porque se lo encontraba uno en los barrios más apacibles y civilizados de Londres, «hasta las parroquias más aristocráticas tienen su porción». Detrás del dormitorio de miss Barrett, por ejemplo, se hallaba uno de los peores recovecos de Londres. Con aquella pulcritud se mezclaba esta inmundicia. Pero, desde luego, había algunos barrios que desde mucho tiempo antes fueron invadidos totalmente por los pobres, y en ellos vivían sin que nadie los molestase. En Whitechapel —o en un espacio triangular al final del camino de Tottenham Court—, la pobreza, el vicio y la miseria habían desarrollado sus gérmenes, propagándose durante varios siglos sin interrupción. Alrededor de Saint Giles se agrupaban una gran cantidad de viejos edificios que «casi constituían una colonia penal, una verdadera metrópolis de la miseria». Muy acertadamente, se llamaba grajales a estos conglomerados humanos de pobreza. En efecto, los seres humanos pululaban en aquellos lugares como los grajos, que se amontonan hasta ennegrecer las copas de los árboles. Sólo que los edificios no eran árboles, ni edificios siquiera eran ya. Eran celdillas de ladrillo separadas por veredas cubiertas de basura. Todo el día hormigueaban por esas sendas incontables seres humanos a medio vestir; por la noche recibían además el alud de los ladrones, mendigos y prostitutas que se habían pasado el día ejerciendo sus respectivas profesiones en el West End. La policía no podía hacer nada. Nadie podía hacer más que apresurarse en volver a casa o, lo más, hacer observar —como lo hizo míster Beames— con muchas citas, evasivas y eufemismos, que todo no iba lo bien que debía ir. Era posible que se declarase el cólera, y seguramente con el cólera no servirían las evasivas.

Pero en el verano de 1846 nadie había hablado aún de aquello; y lo único

prudente para los que habitaban en Wimpole Street y en sus cercanías era mantenerse estrictamente dentro del área «respectable» y que llevara usted su perro sujeto. Si se le olvidaba a uno este detalle, se pagaba una multa por la distracción como iba a pagarla ahora miss Barrett. Eran de sobra conocidos los términos en que se basaba la estrecha vecindad de Wimpole Street y el barrio de Saint Giles. Los de Saint Giles robaban lo que podían; y la calle Wimpole pagaba lo que debía. Por eso empezó Arabel en seguida «a consolarme, haciéndome ver que por diez libras como máximo podría recuperarlo». Se sabía que míster Taylor habría de pedir unas diez libras por un spaniel de la variedad cocker. Míster Taylor era el jefe de la banda. En cuanto una señora de Wimpole Street perdía su perro, acudía a míster Taylor; éste fijaba el precio y se lo pagaban; si se negaban a pagar, se recibía en Wimpole Street, al día siguiente, un envoltorio de papel de estraza que contenía la cabeza y las pezuñas del perro. Por lo menos, esto le había ocurrido a una señora por haber querido regatearle a míster Taylor. Desde luego, miss Barrett estaba dispuesta a pagar. Por tanto, al llegar a casa encargó del asunto a su hermano Henry, el cual fue a entrevistarse con míster Taylor aquella misma tarde. Lo encontró «fumando un puro en la habitación adornada con cuadros» —se decía que míster Taylor reunía una renta de dos o tres mil libras al año gracias a los perros de Wimpole Street— y míster Taylor prometió que conferenciaría con su «Sociedad» y que el perro sería devuelto al día siguiente. A pesar de la vejación que esto suponía y del trastorno causado con ello a miss Barrett en unas circunstancias en que necesitaba todo su dinero, había de resignarse a las consecuencias inevitables de haber olvidado —en 1846— llevar a su perro bien sujeto.

Pero Flush sí que había de sufrir unas consecuencias mucho peores. Miss Barrett pensaba: «Flush no sabe que podemos rescatarlo». Era cierto; Flush no llegó nunca a dominar los principios en que se basa la sociedad humana. «Sé perfectamente que se pasará toda esta noche lamentándose y aullando», escribía miss Barrett a míster Browning en la tarde del martes, 1.º de septiembre. Pero, mientras miss Barrett escribía a míster Browning, atravesaba Flush los peores momentos de su vida. Estaba tremendamente desconcertado. En cierto momento se hallaba en la calle Vere, entre lazos y encajes; al momento siguiente, cayó dando tumbos en un saco; fue zarandeado velozmente por varias calles y por último lo dejaron caer del saco... aquí. Se encontró en la oscuridad más absoluta, en un lugar frío y húmedo. Cuando se le fueron pasando los mareos pudo ir descubriendo algunos objetos de aquella habitación baja de techo y oscura: sillas rotas, un colchón tirado en el suelo... Luego lo cogieron, amarrándolo fuertemente por una pata a algún obstáculo. Algo se revolcaba por el suelo; no podía ver si era un ser humano o un animal. Entraban y salían —dando traspies— unas botazas, y se arrastraban a su alrededor unas faldas muy sucias. Las moscas zumbaban sobre unos

desperdicios de carne que se pudrían en el suelo. Unos niños se le acercaban, arrastrándose desde los rincones donde la oscuridad era más densa, y le pellizcaban las orejas. Se quejaba, y entonces una mano muy pesada le propinaba unos golpes en la cabeza, lo que le hacía acoquinarse en el reducidísimo espacio cubierto de ladrillos húmedos, pegado a la pared. Ahora podía ya ver que el suelo estaba poblado por animales de diversas clases. Unos cuantos perros roían un mismo hueso, ya corrompido. Parecía que iban a salirse las costillas. Estaban todos medio muertos de hambre, sedientos, enfermos, desgredados y sin cepillar; sin embargo, Flush notó que todos ellos eran perros de la mejor sociedad, perros encadenados, perros de los que van con lacayo, como él mismo lo era.

Se estuvo tendido horas enteras sin atreverse siquiera a gimotear. La sed era lo que más le hacía sufrir; el sorbo que tomó de aquel agua verdosa y espesa —en un cubo a su alcance— le repugnó muchísimo; por nada del mundo hubiera seguido bebiendo. Y lo curioso es que un galgo de majestuosa presencia estaba bebiéndola con delectación. Cada vez que abrían la puerta, miraba hacia allí. Miss Barrett... ¿Era miss Barrett? ¿Había venido por fin? Pero tan sólo era un rufián peludo que los echaba a todos a un lado, a patadas, y, dando tumbos, se dirigía a una silla rota en la que se dejaba caer. Luego se fue intensificando la oscuridad. Apenas podía distinguir ya las formas que había en el suelo, en el colchón, o en las sillas rotas. Un cabo de vela fue adherido a la repisa de la tosca chimenea. Afuera, en el callejón, encendieron una tosca lámpara, que permitía a Flush ver, a su luz débil y vacilante, los terribles rostros que curioseaban por la ventana. Después entraban, hasta que la habitación, ya repleta, se puso tan atestada que Flush hubo de encogerse y apartarse aún más contra la pared. Aquellos monstruos horribles —unos, andrajosos; otros, emperifollados con pintura y plumas— se agazapaban en el suelo o se encorvaban sobre las mesas. Empezaron a beber, a insultarse y a golpearse unos a otros. Seguían volcando perros de los sacos que traían. Perros falderos, setters, pointers, con los collares aún puestos... y una cacatúa gigantesca que alborotaba y revoloteaba aturdida de un rincón a otro, chillando: *Pretty Poll, Pretty Poll!*, en un tono que hubiera aterrado a su dueña, una viuda que vivía en Maida Vale. También abrieron las mujeres sus bolsos y desparramaron por la mesa las pulseras, los collares y broches como los que Flush había visto llevar a miss Barrett y a miss Henrietta. Los demonios aquellos clavaban sus garras sobre las joyas, lanzaban denuetos y se peleaban a causa de ellas. Los perros ladraban. Los niños gritaban y la espléndida cacatúa —Flush había visto a menudo pájaros de éstos en las ventanas de Wimpole Street— chillaba: *Pretty Poll, Pretty Poll!*, con ritmo cada vez más rápido, hasta conseguir que le arrojasen una zapatilla. Entonces agitó fuertemente sus alas de color gris-plomo, salpicadas de manchas amarillas, lo cual motivó que se apagase la vela. Oscuridad completa en la habitación. Fue

intensificándose el calor por momentos; el bochorno y el hedor se hacían insoportables; a Flush se le abrasaba la nariz, se le contraía la piel... y miss Barrett sin venir.

Miss Barrett yacía en su sofá de Wimpole Street. Estaba muy contrariada, se preocupaba mucho, pero no se había alarmado seriamente. Claro que Flush sufriría; se pasaría toda la noche gimiendo y ladrando, pero sólo era cosa de unas horas. Míster Taylor fijaría la cantidad, ella la pagaría y devolverían a Flush.

Amaneció el 2 de septiembre en los grajales de Whitechapel. Las ventanas rotas se fueron cubriendo gradualmente de gris. Fue dando la luz sobre las caras hirsutas de los rufianes acurrucados por el suelo. Flush despertó de su ilusión y se le apareció una vez más la inevitable realidad, y la realidad de ahora consistía en este cuarto, estos rufianes, los perros que aullaban y ladraban fuertemente atados; esta lobreguez, esta humedad... ¿Sería posible que hubiera estado ayer mismo en una tienda acompañando a unas señoritas y rodeado de encajes? ¿Existía un lugar llamado Wimpole Street? ¿Había una habitación donde el agua fresca relucía en una vasija purpúrea? ¿Estuvo alguna vez acostado en cojines y le dieron en alguna ocasión un ala de pollo apetitosamente asada? ¿Y ocurría en realidad que, rabioso de celos, mordiera a un hombre de guantes amarillos?

Toda aquella vida, con sus emociones, se alejaba vaporosa, disolviéndose en lo irreal.

Aquí, al filtrarse la polvorienta luz matinal, se levantó una mujer de su yacija —a duras penas— y, tambaleándose, llegó a donde estaba la cerveza. Volvieron a empezar las borracheras y las maldiciones. Una mujer gorda lo levantó por las orejas y le pellizcó en las costillas, y alguien se permitió hacer a propósito de él un chiste odioso... Resonó un tronar de carcajadas cuando la mujer lo dejó caer al suelo. La puerta la abrían a patadas y la cerraban con un ruido ensordecedor. Cada vez que ocurría esto, miraba Flush hacia allá. ¿Era Wilson? ¿Sería posible que fuera míster Browning? ¿O acaso, miss Barrett? No, no... Sólo era otro ladrón, otro asesino. Se encogía por la sola presencia de aquellas faldas enlodadas, de aquellas botas bastas y córneas. Trató de roer un hueso que le cayó cerca. Pero sus dientes no podían hacer presa en una carne tan pétrea y el olor podrido de ésta le repugnaba. Aumentó su sed y se vio precisado a tomar un sorbito del cubo. Pero transcurría el miércoles, y a cada momento sentíase Flush más abrasado por aquel ambiente, y más mareado, tendido en unas tablas rotas y sintiendo que se le fundían unas cosas con otras. Apenas si percibía lo que estaba sucediendo. Sólo levantaba la cabeza y miraba cuando abrían la puerta. No, no era miss Barrett.

Miss Barrett, en su sofá de Wimpole Street, se impacientaba ya. Algo

fallaba en las negociaciones. Taylor había prometido ir a Whitechapel el miércoles por la tarde para conferenciar con su «Sociedad». Sin embargo, pasó la tarde del miércoles y Taylor no apareció. Esto sólo significaba, supuso miss Barrett, que iban a subir el precio, lo cual no dejaba de ser un fastidio en sus circunstancias. Aun así, claro, había de pagarlo. «Tengo que rescatar a mi Flush por todos los medios, ya lo sabes», escribió a míster Browning. «No puedo exponerme a que me lo hagan picadillo regateándoles...». De modo que miss Barrett seguía reclinada en el sofá escribiendo a míster Browning y esperando que llamaran a la puerta. Pero subió Wilson a traer las cartas; subió otra vez Wilson a traer el agua caliente, llegó la hora de acostarse, y Flush no había venido.

Amaneció el jueves, 3 de septiembre, en Whitechapel. Se abrió la puerta y volvió a cerrarse. El setter rojizo que había pasado la noche aullando lo hizo salir a rastras uno de los rufianes —que vestía una chaqueta de piel de topo— y lo llevó... ¿hacia qué destino? ¿Era preferible morir a permanecer allí? ¿Qué era peor, aquella vida o la muerte? La barahúnda, el hambre y la sed, el vaho fétido de aquel lugar —¡y pensar que en tiempos detestaba el perfume del agua de Colonia!—, todo ello le iba oscureciendo las imágenes y hasta los deseos. Le retornaron antiguos recuerdos. ¿Era aquella voz del viejo doctor Mitford gritando en el campo? Y, aquél en la puerta, ¿sería Kerenhappock chismorreando con el panadero? Sonó un repiqueteo y Flush creyó que era miss Mitford cortando unos geranios para formar un ramo. Pero no era sino el viento —pues el día estaba tormentoso— que sacudía el papel de estraza con que habían tapado los vidrios rotos de la ventana. Era sólo alguna voz de borracho que deliraba en el arroyo. Tan sólo era la vieja bruja de la esquina que gruñía incesantemente mientras freía un arenque en una sartén, sobre la fogata... Lo habían abandonado. No llegaba ayuda alguna. Ninguna voz le hablaba... Los loros continuaban chillando: «Pretty Poll! Pretty Poll!», y los canarios proseguían sus gárrulos gorjeos sin sentido.

Y otra vez oscureció en la habitación. Pegaron la vela en un platillo, volvieron a encender en el callejón la tosca lámpara... Hordas de hombres siniestros —con sacos a la espalda— y de emperejiladas mujeres de caras pintarrajeadas, entraban arrastrando los pies y se iban arrojando en los camastros y acodándose en las mesas. Otra noche había tapado con su negrura a Whitechapel. La lluvia empezó a colarse por un agujero de la techumbre, y sus gotas tamborileaban en el cubo que habían puesto debajo para recogerla. Miss Barrett no había ido.

Amaneció el jueves en Wimpole Street. Ni señal de Flush, ni de Taylor tampoco. Miss Barrett estaba alarmadísima. Se informó. Llamó a su hermano Henry y lo sometió a un hábil interrogatorio. Resultó que la había engañado. El «archienemigo» Taylor había venido la noche anterior, como prometiera.

Expuso sus condiciones: seis guineas para la «Sociedad» y media guinea para él. Pero Henry, en vez de decírselo a ella, se lo había dicho a míster Barrett con el resultado que era de esperar; míster Barrett le ordenó no pagar y ocultarle a su hermana aquella visita. Miss Barrett «se enfadó muchísimo». Mandó a su hermano que fuese en seguida a casa de míster Taylor y le entregase el dinero, Henry se negó a ello y «habló de papá». Pero era inútil hablar de papá —protestó su hermana—, pues, mientras hablaban de papá matarían a Flush. Entonces miss Barrett se decidió. Si Henry no quería ir, iría ella: «... si no me hacen caso, iré yo misma mañana y traeré a Flush conmigo», escribió a míster Browning.

Pero miss Barrett se encontró con que era más fácil decirlo que hacerlo. Le era casi tan difícil ir por Flush como a éste venir a ella. Toda la calle Wimpole estaba contra ella. Era ya del dominio público la noticia del robo de Flush y del rescate exigido por míster Taylor. Wimpole Street estaba decidida a enfrentarse con Whitechapel. El ciego míster Boyd mandó recado de que, a su juicio, sería un «pecado horrible» pagar el rescate. El matrimonio Barrett estaba en contra de su hija y eran capaces de cualquier traición con tal de salvaguardar los intereses de su clase. Pero lo peor de todo —esto sí que era terrible— fue que míster Browning puso todas sus energías, toda su elocuencia, toda su sabiduría y toda su lógica de lado de Wimpole Street y contra Flush. Si miss Barrett cedía ante Taylor, escribió, dejaba libre el campo a la tiranía, cedía a los chantajistas, favorecía con ello el predominio del mal sobre el bien, de la delincuencia sobre la inocencia. Si daba a míster Taylor lo que pedía, «¿cómo se las compondrán los pobres que no tengan dinero suficiente para rescatar a sus perros?». Inflamose su imaginación; se figuraba lo que le diría a Taylor si éste le pidiera aunque no fuese más que cinco chelines. Le iba a decir: «Usted es el responsable de las fechorías de su pandilla, y no le permito que me hable de esas estupideces de cortar cabezas o pezuñas. Tenga la absoluta seguridad —tan cierto es como que ahora estoy aquí diciéndole esto— que emplearé toda mi vida en desenmascararle a usted y en acabar, por todos los medios imaginables, con usted y con cuantos cómplices suyos pueda descubrir... Pero a usted ya lo he descubierto y no lo perderé de vista nunca más...». Así hubiera contestado míster Browning a Taylor, si hubiese tenido la suerte de encontrarse con aquel caballero. Y siguió desahogándose en otra carta que echó al correo en la misma tarde del jueves: «... es horrible figurarse cómo pueden los opresores de todas clases manejar a su antojo a los débiles y tímidos, cuyos secretos han descubierto, tirándoles de las cuerdas del corazón...».

No es que censurase a miss Barrett. Pues todo cuanto ésta hiciera estaría perfectamente hecho y él lo aceptaría por completo. No obstante, continuaba diciendo el viernes por la mañana. «... me parece una debilidad lamentable...». Si animaba a Taylor, que robaba perros, animaba también a

míster Barnard Gregory, que robaba reputaciones. Y como muchos desventurados se daban un tajo en el cuello o huían del país cuando algún chantajista como Barnard Gregory tomaba una guía en sus manos y hacía estallar sus reputaciones, resultaba que miss Barrett se hacía responsable, indirectamente, de aquellas desgracias. «Pero ¿qué objeto tiene escribir todas estas verdades evidentes sobre la cosa más sencilla del mundo?». Así se irritaba y vociferaba diariamente míster Browning desde New Cross.

Tendida en su sofá, miss Barrett leía las cartas. ¡Qué fácil habría sido dejarse convencer!... ¡Qué fácil haber dicho: «Merecerse buena opinión vale para mí más que cien cockers»! Hubiera sido tan fácil volver a hundirse en los almohadones y decirse suspirando: «Soy una mujer débil; nada sé de leyes ni de justicia; decide tú por mí». Sólo tenía que negarse a pagar el rescate; nada más que desafiar a Taylor y a su «Sociedad». Y si mataban a Flush, si llegaba el horroroso paquete y, al abrirlo, caían de él la cabeza y las pezuñas, allí estaría Robert Browning junto a ella para asegurarle que había obrado rectamente, ganándose así su estimación. Pero miss Barrett no iba a dejarse intimidar. Miss Barrett cogió la pluma y refutó a Robert Browning. Estaba muy bien —dijo— que citara a Donne; muy bien su cita del caso Gregory, y que imaginara aquellas respuestas tan audaces dirigidas a míster Taylor —ella habría dicho lo mismo si Taylor la hubiera atacado o si Gregory la hubiese difamado—, pero ¿qué habría hecho míster Browning, si los bandidos la hubieran robado a ella, si hubieran amenazado con cortarle las orejas a ella y mandarlas por correo a New Cross? No importaba lo que hubiera hecho míster Browning; estaba decidida. Flush estaba indefenso. Su deber la llamaba junto a él. «¿Y he de sacrificar a Flush, al pobre Flush, que me ha amado tan fielmente; tengo derecho a sacrificarlo en su inocencia por atender a la culpabilidad de todos los Taylor del mundo?». Dijera míster Browning lo que dijera, ella iba a rescatar a Flush, aunque tuviera que meterse en las mismas mandíbulas de Whitechapel para sacarlo de allí, aunque Robert Browning la despreciara por haberlo hecho.

Así, el sábado —con la carta de míster Browning abierta sobre la mesa— empezó a vestirse. Leyó la última advertencia de él: «... y, al tomar esta actitud, me sitúo frente a la execrable táctica de los maridos, padres, hermanos y demás dominadores que haya en el mundo». De manera que si ella iba a Whitechapel, se ponía con esto contra Robert Browning y a favor de los padres, hermanos y demás dominadores. A pesar de ello, siguió vistiéndose. Un perro aullaba porque lo tenían atado. Estaba indefenso en poder de unos hombres crueles. Le parecía que los aullidos le gritaban: «¡Piensa en Flush!». Se calzó, se puso el manto y el sombrero. Miró una vez más la carta de míster Browning. «Me voy a casar contigo», leyó. El perro seguía aullando. Salió de la habitación, bajó las escaleras...

Henry Barrett le salió al encuentro y le dijo que, a su juicio, estaba muy expuesta a que la secuestraran y la asesinaran si se empeñaba en ir a Whitechapel. Dijo a Wilson que llamara un coche de alquiler. Wilson obedeció, temblorosa pero sumisa. Llegó el coche. Miss Barrett hizo subir primero a Wilson. Ésta, aunque convencida de que la esperaba la muerte, montó en el coche. Miss Barrett dio al cochero la dirección de Manning Street, Shoreditch. Miss Barrett montó también y el coche emprendió la marcha. Pronto dejaron atrás las ventanas de relucientes cristales, las puertas de caoba y los enrejados. Entraban en un mundo que miss Barrett no había visto nunca, ni siquiera adivinado. Se hallaban en un mundo donde las personas dormían en el piso de arriba de los establos, y donde no había una ventana sana; en un mundo donde sólo dejaban correr el agua dos veces a la semana, en un mundo donde el vicio y la pobreza engendraban más vicio y más pobreza. Llegaron a una región desconocida para los cocheros respetables. Se detuvo el coche; el cochero se informó en una taberna. «Salieron dos o tres hombres: “¡Oh, seguramente van ustedes en busca de míster Taylor!”, dijo uno de ellos». En aquel mundo misterioso, un coche con dos señoras sólo podía ir con un único objeto, y ése era de sobra conocido. Todo ello resultaba sobremanera siniestro. Uno de los hombres corrió hacia una casa y salió de ella diciendo que míster Taylor «no estaba en casa, pero que si quería entrar...», «Wilson, en un aparte aterrizado, me suplicó que no pensase siquiera en tal cosa...». Una pandilla de hombres y chicos se agolpaban alrededor del coche. «¿Por qué no ve usted a la señora Taylor?», le preguntó el mismo individuo. Miss Barrett no tenía el menor deseo de ver a la señora Taylor; pero en aquel momento salió de la casa una mujer inmensamente gorda, «tan gorda, que le habría sido muy fácil tener toda su vida una conciencia sin remordimientos», e informó a miss Barrett de que su esposo había salido. «Quizás esté de vuelta dentro de unos minutos, o puede que tarde varias horas... ¿Por qué no bajaba del coche y lo esperaba?». Wilson le tiró de la falda. ¡Figúrense, esperar en casa de aquella mujer! Ya era terrible tener que estarse allí, quietas en el coche, con la banda de hombres y chiquillos apiñados en derredor. Así, miss Barrett parlamentó desde el coche con la «inmensa bandolera». Explicó que míster Taylor tenía su perro y que había prometido devolverlo; ¿le llevaría míster Taylor su perro a Wimpole Street aquel mismo día? «Oh, sí; desde luego», dijo la gorda con la más gentil de las sonrisas. Creía que míster Taylor había ido precisamente a ocuparse de aquel asunto. Y la mujer «balanceó la cabeza a derecha e izquierda con muchísima gracia».

En vista de ello, el coche dio la vuelta y salió de la calle Manning, en Shoreditch. Wilson opinaba que «habíamos escapado con vida por milagro». La misma miss Barrett había llegado a alarmarse. «Era evidente que la banda se había hecho fuerte en su barrio. La “Sociedad”, la “Fancy” (como la llamaban) había echado raíces en aquel terreno», escribía. Le hormigueaban

por el espíritu los pensamientos y se le habían llenado de imágenes los ojos. De modo que eso era lo que se encontraba más allá de la calle Wimpole: esas casas... esas casas... Más vio, mientras estuvo en el coche frente a la taberna, que en cinco años de permanencia en el dormitorio trasero de Wimpole Street. «¡Qué rostros los de esos hombres!», exclamó. Se habían grabado a fuego en su retina. Estimulaban su imaginación como nunca la habían estimulado «las divinas presencias de mármol», los bustos de la vitrina. Aquí vivían mujeres como ella; mientras yacía en su sofá, leyendo o escribiendo, aquellas mujeres vivían a su manera. Pero ya entraba el coche por entre las casas de cuatro pisos. He aquí la familiar avenida de puertas y ventanas, con sus llamadores de bronce, sus cortinas simétricas... He aquí la calle Wimpole... y su número 50. Wilson saltó del coche, y puede uno imaginarse con qué sensación de alivio, al verse a salvo. Pero miss Barrett es posible que vacilara un momento. Aún estaba viendo «los rostros de aquellos hombres». Habían de ponérsele otra vez ante los ojos de la imaginación cuando estuviera escribiendo, sentada en un soleado balcón de Italia. Le iban a inspirar los trozos más vívidos de Aurora Leigh.

Pero ya abría el lacayo la puerta y, apeándose, se dirigió, escaleras arriba, a su habitación. Otra vez a su dormitorio.

El sábado fue el quinto día de encarcelamiento de Flush. Casi exhausto, perdidas casi todas las esperanzas, jadeaba tumbado en su rincón oscuro del atestado suelo. Se oían violentos portazos. Gritaban voces aguardentosas. Chillidos de mujeres. Parloteo de loros. Nunca habían charlado así los loros con las viudas de Maida Vale, pero es que ahora tenían que responder a los insultos que les dirigían las viejarronas. Flush se sentía la pelambre plagada de insectos; pero estaba demasiado débil, demasiado indiferente para sacudirse. Toda su vida pasada, con sus innumerables escenas: Reading, el invernadero, miss Mitford, míster Kenyon, los libros, los bustos, los campesinos del visillo... todo ello se esfumaba como copos de nieve que se disolvieran en una caldera. Si de aferraba aún a alguna esperanza, era a algo sin nombre y sin forma, al rostro de alguien a quien todavía llamaba «miss Barrett». Ésta existía aún; todo el resto del mundo había desaparecido; pero ella aún existía, aunque se había abierto entre ellos un abismo tan grande que era casi imposible pudiera llegar su ama hasta él. Empezó a venirse encima la oscuridad otra vez, una oscuridad capaz de aplastar definitivamente su última esperanza... miss Barrett.

A decir verdad, las fuerzas de Wimpole Street luchaban todavía —hasta en estos momentos finales— por apartar a miss Barrett de Flush. El sábado por la tarde estuvo esperando a míster Taylor, pues la mujer inmensamente gorda había prometido que éste iría. Por fin vino, pero sin el perro. Envió un recado a miss Barrett: si ésta le pagaba en el acto seis guineas, volvería a Whitechapel

y le traería el perro... le daba «su palabra de honor». Miss Barrett no sabía qué valor pudiera tener la palabra de honor de míster Taylor, pero le pareció «que no había otro recurso», pues la vida de Flush pendía de este hilo. Contó las guineas, y se las envió a míster Taylor, que esperaba abajo en el pasillo. Pero quiso la mala suerte que mientras esperaba Taylor en el pasillo —rodeado de paraguas, grabados, la felpuda alfombra y otros objetos valiosos— entrara Alfred Barrett. El ver al archienemigo en su propia casa, le hizo perder todo freno. Estalló su ira. Lo llamó «estafador, embustero y ladrón». En vista de ello, míster Taylor le devolvió los insultos. Y, lo peor de todo, juró estar «tan seguro de su salvación como de que no volveríamos a ver a nuestro perro»; y salió disparado de la casa. Así que a la mañana siguiente llegaría el terrible paquete sangriento.

Miss Barrett volvió a vestirse a toda prisa y corrió escaleras abajo. ¿Dónde estaba Wilson? Que buscara un coche. Iba a volver a Shoreditch inmediatamente. Acudió su familia, presurosa, para disuadirla. Oscurecía. Estaba ya muy debilitada. Incluso para un hombre, en perfecto estado de salud, resultaba aquella aventura de lo más arriesgado. Hacerlo ella, era una locura. Así se lo dijeron. Sus hermanos, sus hermanas, toda la familia la rodeó, amenazándola, disuadiéndola, «gritándome que me había vuelto loca, que era una terca, una caprichosa... Me insultaron tanto como lo hubieran hecho con míster Taylor». Pero no cejó en su empeño. Tuvieron que comprender, finalmente, la inutilidad de sus esfuerzos ante la locura de ella. Por mucho peligro que hubiera, habían de dejarla salirse con la suya. Septimus prometió que, si Ba volvía a su cuarto «y se ponía de buen humor», iría él mismo en busca de Taylor, le entregaría el dinero y traería el perro.

Mientras, en Whitechapel se diluía el crepúsculo en la negrura nocturna. Se abrió una vez más, de una patada, la puerta de la habitación. Un tipo peludo suspendió a Flush por el cogote, sacándole de su rincón. Al mirar la horrenda cara de su enemigo, no podía deducir si se lo llevaba para matarlo o para ponerlo en libertad. Le daba igual..., a no ser por el recuerdo fantasmal de algo. El hombre se agachó. ¿Para qué le hurgaban aquellos dedazos en su garganta? A trompicones, medio cegado y con las piernas bamboleantes, fue conducido Flush al aire libre.

Miss Barrett, en Wimpole Street, no podía tragar la comida. ¿Había muerto Flush o estaba aún vivo? No lo sabía. A las ocho se oyó llamar a la puerta; era la carta habitual de míster Browning. Pero, al abrirse la puerta para que dejaran la carta, algo más entró corriendo en el cuarto...

Flush. Se fue derecho a su vasija color púrpura. Tres veces se la llenaron y aún seguía bebiendo. Miss Barrett contemplaba al perro —muy sucio y con expresión de tremendo asombro—, que no cesaba de beber. «No mostró tanto entusiasmo por verme como yo esperaba», observó. En efecto, sólo le

interesaba una cosa en el mundo: agua limpia.

Miss Barrett, después de todo, sólo había visto un momento las caras de aquellos hombres y, aun así, los recordó toda su vida. Flush había estado a merced de ellos, viviendo en aquel ambiente durante cinco días enteros. Ahora, al verse de nuevo sobre cojines, lo único que le parecía dotado de una realidad era el agua fresca. Bebía continuamente. Los antiguos dioses del dormitorio —la vitrina de los libros, el ropero, los bustos— parecían haber perdido su substancia. Esta habitación no era ya el mundo entero; era sólo un refugio. Solamente un claro en la selva, protegido por temblorosos lampazos, mientras alrededor se arrastran las serpientes venenosas y merodean las fieras; una selva donde detrás de cada árbol acecha un asesino dispuesto a lanzarse sobre uno. Echado en el sofá —todavía atónito y exhausto— a los pies de miss Barrett, le resonaban en los oídos los aullidos de los perros atados y el chillar de los pájaros aterrorizados. Cuando se abrió la puerta, se sobresaltó, esperando ver entrar al hombre peludo con un cuchillo... pero no era sino míster Kenyon con un libro en la mano; era sólo Browning con sus guantes amarillos. Encogiose ante ellos. Ya no se fiaba de míster Kenyon ni de míster Browning. Tras aquellos rostros sonrientes y amistosos, se escondían la traición y la crueldad. Sus caricias eran fingidas. Temía incluso acompañar a Wilson a echar las cartas. No quería dar ni un paso si no le ponían la cadena. Cuando le decían: «Pobrecito Flush, ¿te cogieron los hombres malos?», levantaba la cabeza, gemía y callaba. Si, yendo por la calle, oía el restallar de un látigo, saltaba a la acera buscando seguridad. En casa se apelotonaba más cerca de miss Barrett que antes. Ella era la única que no lo había abandonado. Aún tenía alguna fe en ella. Gradualmente, ésta fue tomando otra vez substancia a sus ojos. Agotado, tembloroso, sucio y muy adelgazado, yacía en el sofá a los pies de su ama.

Conforme transcurrían los días, se iba debilitando el recuerdo de Whitechapel. Flush, muy cerca de miss Barrett, leía los sentimientos de ésta con más claridad que antes. Estuvieron separados; ya estaban juntos. La verdad es que nunca había habido tanta afinidad entre ellos. En él se reflejaba cada movimiento de ella, cada sobresalto; y ahora parecía estar siempre miss Barrett sobresaltándose y moviéndose. Incluso la llegada de un paquete la asustó; lo deshizo con dedos temblorosos y sacó de él un par de botas gruesas. Las escondió inmediatamente en el fondo de la alacena. Luego se tendió de nuevo como si nada hubiera ocurrido; pero había ocurrido algo. Cuando estuvieron solos se levantó y sacó de un cajón un collar de diamantes. Tomó la caja que contenía las cartas de míster Browning. Puso las botas, el collar y las cartas en un saco de viaje, y luego —como oyera pasos por la escalera— empujó el saco bajo la cama y se acostó apresuradamente, cubriéndose de nuevo con el chal. A Flush le pareció que estas señales de secreto, este afanarse a hurtadillas, predecían alguna crisis inminente. ¿Iban a escapar

juntos de este mundo espantoso de ladrones de perros y tiranos? ¡Oh, si fuera posible! Temblaba de excitación sólo con pensarlo y dejaba escapar unos grititos de alegría, pero miss Barrett le ordenaba en voz baja que se estuviese tranquilo, y él se tranquilizaba al momento. Ella también se quedaba muy tranquila. En cuanto entraba alguno de sus hermanos o cualquiera de sus hermanas, miss Barrett permanecía en una inmovilidad absoluta, tendida en el sofá. Y hablaba un rato con míster Barrett, echada serenamente, como siempre.

Pero el sábado, 12 de septiembre, hizo miss Barrett lo que nunca le viera hacer Flush: se vistió como si fuera a salir inmediatamente después del desayuno. Además, mientras la veía arreglarse, comprendió Flush perfectamente, por la expresión de su cara, que no le llevaría consigo. Iba a algún asunto secreto, algo de carácter privado. A las diez, entró Wilson en la habitación. También ella venía vestida como para salir. Partieron juntas. Flush se acostó en el sofá a esperarlas. Una hora después —poco más o menos— miss Barrett regresó, pero sola. No lo miró... Parecía no mirar nada. Quitose los guantes, y Flush vio brillar —por un instante— un anillo de oro en uno de los dedos de su mano izquierda. Se quitó el anillo rápidamente y lo escondió en la oscuridad de un cajón. Entonces se tendió, como de costumbre, en el sofá. Flush se acercó a ella sin atreverse casi a respirar, pues lo que hubiera sucedido —que él no lo sabía— era algo que debía a toda costa mantenerse oculto.

A toda costa, debía proseguir como de costumbre la vida del dormitorio. Y, sin embargo, todo era distinto. Hasta la oscilación de la cortinilla, movida por el aire, le parecía a Flush una señal. Y las mismas luces y sombras que acariciaban a los bustos parecían querer decir algo y estar haciendo señas. Todo daba en el cuarto la impresión de un cambio; todo parecía estar preparado para algún acontecimiento. Y, sin embargo, todo estaba en silencio, todo se ocultaba... Los hermanos y las hermanas entraban y salían como siempre; míster Barrett vino a última hora, como de costumbre. Se cercioró, como siempre, de que miss Barrett se lo había comido todo y había bebido el vino. Miss Barrett charló y se rio no dejando traslucir —mientras había alguien en el cuarto— que ocultase algo. Pero en cuanto se quedaban solos, sacaba la caja de bajo la cama y la iba llenando precipitadamente, a hurtadillas, escuchando mientras lo hacía. Y los indicios de tensión eran inequívocos. El domingo tocaron las campanas de la iglesia. «¿Qué campanas son ésas?», preguntó alguien. «Las campanas de la iglesia de Marylebone», dijo miss Henrietta. Flush observó que miss Barrett se ponía mortalmente pálida. Pero ninguno de los presentes pareció haber notado nada.

Pasó el lunes, y el martes; y pasaron el miércoles y el jueves. Sobre todos los de casa se extendía un manto de silencio. No se hacía sino comer, hablar y

estarse tendido en el sofá, como de costumbre. Flush, agitándose en un sueño intranquilo, soñó que estaban acostados juntos bajo hojas y helechos, en una dilatada selva. Entonces se entreabrieron las hojas, y se despertó. Oscuridad. Pero vio a Wilson que entraba sigilosamente en la habitación y sacaba la caja de bajo la cama, llevándosela con gran silencio. Esto ocurría en la noche del viernes 18 de septiembre. Flush pasó toda la mañana del sábado como alguien que sabe pueden amordazarlo de un momento a otro, o que puede sonar un silbido en tono bajo, dando la señal de que dependa la muerte o la vida. Vio que miss Barrett se vestía. A las cuatro menos cuarto, se abrió la puerta y entró Wilson. Entonces dieron la señal... Miss Barrett lo cogió en brazos. Se levantó y dirigióse a la puerta. Se detuvieron un momento para dar un vistazo a la habitación. El sofá; junto a él, la butaca de míster Browning. Los bustos, las mesitas. El sol se filtraba a través de la hiedra y el visillo con los campesinos paseándose ondeaba con el aire. Todo como siempre. Todo parecía tener asegurado un millón más de momentos como aquél. Pero para miss Barrett y para Flush, éste era el último. Miss Barrett cerró la puerta muy despacio.

Muy despacito se deslizaron hasta el piso bajo, pasando frente al salón, la biblioteca y el comedor. Todo tenía el aspecto habitual y el olor de siempre. Todo muy en calma, como durmiendo en la cálida tarde de septiembre. Catiline también dormía en la alfombrilla del vestíbulo. Llegaron a la puerta de la calle y, muy despacio, hicieron girar el pestillo. Un coche de alquiler los estaba esperando.

«A Hodgson», dijo miss Barrett. Fue casi un suspiro. Flush se instaló, muy quietecito, en su regazo. Por nada del mundo hubiera roto aquel silencio tan tremendo.

CAPÍTULO V

ITALIA

Pasaron —al parecer— horas, días, semanas de oscuridad y traqueteo; de súbitas luces y, luego, largos túneles lóbregos; de verse bamboleado en todos sentidos; de que lo elevaran apresuradamente a la luz, contemplando entonces de cerca el rostro de miss Barrett, y árboles esbeltos, líneas, raíles y altas casas manchadas de luces (pues en aquellos días tenían los ferrocarriles la bárbara costumbre de obligar a los perros a viajar encerrados en cajas). Sin embargo, Flush no sentía miedo: iban huyendo; dejaban tras ellos a los tiranos y a los ladrones de perros. Traqueteos, chirridos... Sí —murmuró mientras el tren lo zarandeaba para acá y para allá—, sí, chirría, sacúdete cuanto quieras pero llévanos lejos de Wimpole Street y de Whitechapel. Por fin, se intensificó la

luz; el traqueteo cesó. Oyó cantar los pájaros y suspirar los árboles en el viento. ¿O era el ímpetu del agua? Por último, abriendo los ojos y sacudiéndose la pelambreira, vio... lo más asombroso que cabía concebir: miss Barrett sobre una roca, en medio de la agitación del agua. Unos árboles se inclinaban sobre ella; el río se precipitaba a su alrededor. Seguro que corría peligro. De un salto se zambulló Flush en medio de la corriente y llegó hasta su ama. «... bautizado con el nombre de Petrarca», decía miss Barrett mientras él trepaba por la roca hasta colocarse a su lado. Se encontraban en Vaucluse; miss Barrett se había subido a la fuente del Petrarca.

Hubo más traqueteo y más chirridos, y luego lo volvieron a dejar en tierra firme. Se abrió la oscuridad y se vertió la luz sobre él. Encontróse vivo, despierto, estupefacto, en pie sobre las losas rojizas de una espaciosa habitación vacía e inundada de sol. Correteó en todas direcciones, olfateando y tocándolo todo. No había alfombra ni chimenea. No había sofás, ni sillones, ni bibliotecas, ni bustos. Unos olores picantes y desacostumbrados le cosquillearon en las ventanillas de la nariz y le hicieron estornudar. La luz, infinitamente viva, le deslumbraba los ojos. Nunca había estado en una habitación —si podía llamarse a esto una habitación— que fuera tan áspera, tan brillante, tan grande, tan vacía...

Miss Barrett parecía más pequeña que nunca sentada en una silla junto a una mesa colocada en el centro. Entonces lo sacó Wilson afuera. Sintióse casi cegado, primero por el sol y luego por la sombra. Una mitad de la calle abrasaba; en la otra mitad se helaba uno. Las mujeres pasaban envueltas en pieles; sin embargo, llevaban sombrillas para proteger sus cabezas del sol. Y la calle era más dura que un hueso. Aunque se estaba a mediados de noviembre, no había lodo ni canalillos donde mojar las pezuñas o apegotar el pelo que las cubría. No había sitios acotados, ni verjas. Y nada de aquella mezcla de olores —¡cómo se subía a la cabeza!— que hacía ser tan distraído un paseo por la calle Wimpole o por la de Oxford. Por otra parte, los nuevos y extraños olores procedentes de las afiladas esquinas de piedra, o de muros amarillentos y secos, resultaban extraordinariamente raros y punzantes. Entonces le vino, de detrás de una oscilante cortina negra, un olor sorprendentemente dulce que fluía en oleadas. Se detuvo, con las patas delanteras levantadas, para saborearlo; se dispuso a seguirle la pista y se asomó por debajo de la cortina. Tuvo la rápida visión de un vestíbulo resonante y salpicado de luz, muy alto y hueco; y en ese momento Wilson, con un grito de horror, lo apartó de allí severamente. Prosiguieron calle abajo. El ruido callejero era ensordecedor. Todo el mundo parecía estar gritando al mismo tiempo. En vez del consistente y soporífero zumbido de Londres, había aquí tal tableteo y gritería, un tintinear y una vocería, un restallar de látigos y tañer de campanillas... Flush brincaba y saltaba a un lado y a otro, y lo mismo Wilson. Hubieron de sortear en el pavimento a un carro, a un buey, a una compañía de soldados y a una manada

de cabras. Se sentía más joven, más vivo que en muchos años atrás. Deslumbrado, pero alegre, se echó en las lozas rojizas y durmió más profundamente que nunca lo hiciese sobre blandos cojines en el tranquilo dormitorio trasero de Wimpole Street.

Pero pronto se dio cuenta Flush de las diferencias —más profundas que las ya observadas— existentes entre Pisa —pues ahora se hallaban instalados en Pisa— y Londres. Los perros eran diferentes. En Londres, era raro que no encontrase —en su paseo hasta el buzón— algún perdiguero, alano, bulldog, mastín, collie, Terranova, San Bernardo, foxterrier, o alguna de las siete familias famosas de la tribu Spaniel. Daba a cada uno un nombre distinto y una categoría diferente. Pero aquí, en Pisa, aunque abundaban los perros, no había categorías; todos ellos —pero ¿sería posible?— eran mestizos. Por lo que él podía entender, eran simplemente... perros: perros grises, perros amarillentos, perros con pintas, perros multicolores... pero, imposible descubrir ni un sólo spaniel, collie o mastín entre ellos. Entonces, ¿no tenía jurisdicción en Italia el Kennel Club? ¿No había una ley contra los tupés, o en favor de las orejas abarquilladas, o para proteger las patas cubiertas de pelo largo y sedoso, y que exigiera una frente abovedada y no puntiaguda? Por lo visto, no. Flush se sintió como un príncipe en el destierro. Era el único aristócrata en una multitud de canaille. Era el único cocker de pura sangre en toda Pisa.

Ya hacía varios años que inducían a Flush a considerarse un aristócrata. Se le había grabado profundamente en el alma la ley de la vasija purpúrea y de la cadena. Nada tiene, pues, de particular que perdiera un poco la cabeza, como no podría extrañarnos que un Howard o un Cavendish, si se vieran entre un enjambre de salvajes en chozas de barro, se acordaran de Chatsworth y añorasen las alfombras rojas y las galerías que se iluminan con coronas nobiliarias al proyectarlas el sol poniente desde los ventanales policromados. Flush tenía algo de esnobismo, hemos de reconocerlo. Miss Mitford lo había notado años antes: y este sentimiento, amortiguado en Londres por la convivencia con iguales a él y superiores, se reavivó ahora al sentirse único. Hízose despótico e insolente. «Flush se ha convertido en un monarca absoluto y ladra en cuanto alguien se distrae y no le abre en seguida la puerta que necesita», escribía mistress Browning. «Robert», continuaba, «declara que el susodicho Flush lo considera a él —mi esposo— nacido con el específico objeto de servirlo, y la verdad es que Flush lo da a entender con sus modales».

«Robert», «mi esposo»... Si Flush había cambiado, también cambió miss Barrett. No era sólo que se llamase ahora mistress Browning ni que reluciese al sol en su mano el anillo de oro, sino que había cambiado tanto como Flush. Éste la oía decir, cincuenta veces al día, «Robert», «mi esposo», y siempre con un tono de orgullo que le llegaba al corazón, acelerando sus latidos. Pero no

había variado sólo el lenguaje de su ama: toda ella era diferente. Ahora, por ejemplo, en vez de sorber unas gotas de oporto, quejándose de la jaqueca, se trataba un buen vaso de chianti y dormía después como una bendita. En la mesa del comedor, en vez de una fruta pasada y descolorida, aparecía ahora una florida rama cargada de naranjas. Y en vez de dirigirse a Regent's Park en un cabriolé, se ponía sus pesadas botas y se encaramaba por las rocas. En vez de recorrer la calle Oxford en un estupendo coche, se sometía al traqueteo de un calesín desvencijado para ir a la orilla de un lago o contemplar las montañas. Y cuando el ama se cansaba, no llamaba un coche de alquiler, sino sentábase en una piedra a mirar los lagartos. Le encantaba el sol. Encendía una fogata y, cuando ésta se debilitaba, la reanimaba con leños del bosque ducal. Sentábanse juntos, cerca de las crepitantes llamas, y aspiraban el intenso aroma... Mistress Browning no se cansaba nunca de alabar a Italia a expensas de Inglaterra. «... nuestros pobres ingleses», exclamaba, «necesitan que los eduquen en la alegría. Que los refinen al sol, y no al calor de las chimeneas». Aquí, en Italia, se encontraban la libertad, la vida y la alegría que engendra el sol. Estos hombres no se peleaban nunca, ni se les oía maldecir; nunca se les veía borrachos. Como contraste, volvían «los rostros de aquellos hombres» de Shoreditch a ponérsele ante los ojos. Comparaba constantemente Pisa con Londres y decía preferir, con mucho, Pisa. Las mujeres bonitas podían andar solas por las calles de Pisa; las grandes damas se presentaban en la Corte deslumbradoras, aunque esto no les impedía ser excelentes amas de casa. Pisa, con sus campanas, sus perros mestizos y sus pinares era infinitamente preferible a Wimpole Street con sus puertas de caoba y su carne de carnero. Así pues, mistress Browning —mientras escanciaba el chianti y desprendía otra naranja de la rama— alababa a Italia y compadecía a la pobre y convencional Inglaterra, tan insípida, privada de sol y húmeda, donde la vida era tan triste y cara.

Wilson, es cierto, se mantuvo fiel a Inglaterra durante cierto tiempo. El recuerdo de los lacayos y los sótanos, de los portales y las cortinas, no pudo borrarlos de su espíritu sin esfuerzo. Tuvo aún el rasgo de salir de un museo «escandalizada por la indecencia de Venus». Y más tarde, cuando pudo echar una ojeada a través de una puerta —gracias a la amabilidad de una amiga— a la magnificencia del Gran Palacio Ducal, siguió sosteniendo que el Saint James era mejor. «En comparación con el nuestro», informó luego, «resulta muy pobre». Pero mientras lo contemplaba, le sorprendió la soberbia figura de un soldado de la Guardia del Gran Duque. Se le inflamó la imaginación; su ecuanimidad empezó a perder pie, y variaron sus puntos de vista. Lily Wilson se enamoró apasionadamente del signor Righi, de la Guardia Ducal.

Y si mistress Browning exploraba su nueva libertad y se deleitaba en los descubrimientos que hacía, también Flush descubría otras cosas y exploraba su libertad. Antes de abandonar Pisa (en la primavera de 1847 se fueron a

Florenxia), Flush había llegado ya a la curiosa verdad —desconcertante al principio— de que las leyes del Kennel Club no son universales. Llegó al convencimiento de que los tupés claros no son forzosamente una desgracia. Esto le llevó a revisar su código. Actuó —vacilantemente al principio— de acuerdo con su nuevo concepto de la sociedad canina. Cada día, era un poco más democrático. Ya en Pisa había notado mistress Browning que Flush «... sale todos los días y charla en italiano con los perritos de aquí». En Florenxia acabó de perder sus últimos prejuicios. El momento final de su liberación llegó un día en que se hallaba en el Casino. Corría por la hierba «de esmeralda», entre los faisanes, cuando se acordó de Regent's Park y sus ordenanzas: Los perros deben ir sujetos. ¿Dónde estaba aquí el «deber»? ¿Dónde los callares y las cadenas? ¿Dónde los guardias y sus garrotes? ¿Se los había llevado el viento, junto con los ladrones de perros; los Kennel Clubs y los Spaniel Clubs de una aristocracia corrompida! ¡Desaparecidos con los coches de alquiler y los cabriolés! ¡Con Whitechapel y Shoreditch! Corría veloz, le centelleaba el pelo y se le encendían los ojos. Ahora era amigo del mundo entero. Todos los perros eran hermanos suyos. En este nuevo mundo, no necesitaba cadena: ¿de qué iban a protegerlo? Si míster Browning se demoraba en salir de paseo —Flush y él eran ya grandes amigos—, Flush le daba prisa con todo descaro. «Se pone frente a él y le ladra de la manera más imperiosa», observó mistress Browning con cierta irritación, pues las relaciones de ésta con Flush eran mucho menos emotivas que en tiempos pasados. Ya no necesitaba su pelambre rojiza y sus relucientes ojos para proveerla de lo que faltaba en su experiencia; había encontrado a Pan por sí misma entre los viñedos y los olivos; y también se le apareció una tarde junto a la fogata de un pino... Así, si míster Browning se hacía el remolón, Flush se plantaba ante él y le ladraba; pero si míster Browning prefería quedarse en casa a escribir, no importaba. Flush se había independizado ya. Las vistarias y las cítisos florecían por los muros, los jardines rebosaban de flores y los campos se salpicaban de vivos tulipanes. ¿A santo de qué iba a esperar a míster Browning? Así pues, salía de estampía. Ahora era señor de su propia vida, «... y sale cuando quiere, quedándose por ahí horas enteras», escribió mistress Browning, añadiendo: «... conoce todas las calles de Florenxia... sabe ir por donde quiere y hacer lo que se le antoje. No me preocupa su ausencia»; y al escribir esto último sonreía, pensando en aquellas horas de angustia pasadas en Wimpole Street y en la constante vigilancia precisa allí para que la banda no se lo quitara a los mismos pies de los caballos, si olvidaba de ponerle la cadena. En Florenxia se desconocía el miedo; no existían ladrones de perros, y —pensaría de seguro mistress Browning suspirando— no había padres.

Pero, francamente, si Flush salía a toda velocidad en cuanto veía abierta la puerta de la Casa Guidi, no era precisamente para admirar cuadros o para

penetrar en iglesias umbrías y contemplar sus confusos frescos. Era para disfrutar de algo, para ir en busca de algo que le había sido negado durante todos aquellos años. Cierta vez había oído el cuerno de caza de Venus en los campos del Berkshire y había amado a la perrita del señor Partridge, la cual le había dado un hijo. Ahora percibía la misma llamada resonando por las estrechas calles florentinas, pero más imperiosa, con un ímpetu mayor, después de haber permanecido en silencio tantos años. Ahora conoció Flush lo que los hombres nunca podrán conocer: el amor puro, sencillo, completo; el amor que no arrastra consigo tribulaciones, que no se avergüenza ni siente remordimientos, que viene y se va como llega la abeja a la flor y al instante la deja... Hoy la flor es una rosa, mañana un lirio; ahora es un cardo silvestre, luego será la suntuosa orquídea de un invernadero. Con la misma variedad, con idéntica despreocupación abrazó Flush a la spaniel con pintas, allá abajo en la alameda, y a la perrita multicolor y a la amarilla... Lo mismo daba una que otra. Para Flush, todas eran iguales. Obedecía a la llamada del cuerno dondequiera sonaba éste o en cualquier sitio donde llevase el viento sus sonos. Nadie lo reprendía por sus escapatorias. Mister Browning se reía, únicamente. «¡Qué impropio resulta eso en un perro tan respetable como él!», comentaba cuando Flush regresaba a horas muy avanzadas de la noche o en las primeras de la mañana siguiente. Y mistress Browning también se reía, al ver que Flush se tumbaba en el suelo del dormitorio y se quedaba profundamente dormido entre las armas de la familia Guidi, que formaban en el suelo un relieve de escayola.

Pues en la Casa Guidi las habitaciones se caracterizaban por su desnudez. Se habían esfumado todos aquellos objetos drapeados de los días de encierro. La cama era una cama; el lavabo era un lavabo. Todo era lo que era y no otra cosa. La sala era espaciosa y con algunas sillas antiguas de caoba labrada. Sobre la chimenea colgaba un espejo con dos cupidos que sostenían dos luces. La misma mistress Browning había abandonado sus chales indios. Llevaba un gorrito confeccionado de fina y brillante seda, muy del gusto de su marido. Ahora se peinaba de otro modo. Y, cuando se ponía el sol y eran recogidas las persianas, se asomaba al amplio balcón, vestida de una vaporosa muselina blanca. Gustaba de sentarse allí mirando y escuchando a la gente que pasaba por la calle.

Hacía poco que estaban en Florencia cuando oyeron una noche tal gritería y estruendo de muchedumbre por la calle, que acudieron rápidos al balcón para ver qué ocurría. Una enorme multitud pasaba por debajo. Llevaban banderas, vociferaban y cantaban. Todos los balcones se hallaban abarrotados, y por las ventas se asomaban muchísimas caras. La gente de balcones y ventanas arrojaban flores y hojas de laurel a la gente de la calle —hombres de grave continente, mujeres jóvenes y alegres— se besaban unos a otros y levantaban a sus niños en brazos mostrándolos a la gente de los balcones. Los

Browning, acodados en la balaustrada, aplaudían, aplaudían sin cesar. Pasaban banderas continuamente. Las antorchas las iluminaban con vivos ramalazos de luz. «Libertad», habían escrito sobre una. «Por la unión de Italia», habían escrito sobre otra, y «En memoria de los mártires», «Viva Pío IX», y «Viva Leopoldo II»... Durante tres horas y media siguió el desfile de banderas y el vitorear de la multitud, mientras los señores Browning estaban en el balcón, con seis candelabros, agitando entusiasmados sus pañuelos. Flush también permaneció algún tiempo entre ellos, con las patas apoyadas en el reborde inferior del balcón, haciendo todo lo posible por participar de la alegría general. Pero, por último, bostezó. No pudo evitarlo. «Confesó, finalmente, su parecer de que aquello duraba demasiado», observó mistress Browning. Se apoderó de él un cansancio, una duda, una lasciva inquietud... ¿Para qué servía todo aquello?, se preguntó. ¿Quién era este Gran Duque y qué había prometido? ¿Por qué se excitaban todos tan absurdamente? La verdad, aquel ardor de mistress Browning saludando sin cesar a la multitud, le fastidiaba. Resultaba exagerado sentir tal entusiasmo por un Gran Duque, pensaba Flush. Y entonces, precisamente cuando pasaba el Gran Duque, se dio cuenta Flush de que una perrita se había parado ante la puerta de la Casa Guidi. Aprovechando la ocasión de haber llegado el entusiasmo de su amo al mayor grado, se escabulló del balcón y salió a la calle. La siguió por entre las banderas y la muchedumbre. La perrita se alejaba cada vez más por el corazón de Florencia. La gritería se iba apagando a lo lejos, los vítores se perdieron en el silencio, y desaparecieron los reflejos de las antorchas. Sólo una o dos estrellas en las aguas del Arno, a cuya orilla yacía Flush, con la spaniel a su lado, acostados ambos en el interior de una vieja cesta medio hundida en el fango. Allí se extasiaron en sus delirios amorosos hasta el alba. Flush no regresó hasta las nueve de la mañana siguiente, y mistress Browning lo saludó con bastante ironía... Por lo menos, pensó, podía haber recordado que era el primer aniversario de su boda. Pero suponía que lo había pasado muy bien. Lo cual era verdad. Mientras ella había hallado una satisfacción inexplicable en el estruendo producido por cuarenta mil personas, en las promesas de los Grandes Duques y en las aéreas aspiraciones de las banderas, Flush prefería infinitamente la perrita que se detuvo en el umbral.

No cabe duda de que mistress Browning y Flush llegaban a conclusiones diferentes en sus vidas renovadas; ella, un Gran Duque; él, una spaniel moteada. Y, sin embargo, los seguía uniendo un estrecho vínculo. Apenas había llegado Flush a abolir el «deber» y a recorrer libremente la hierba esmeralda de los jardines de Cascino —donde se pavoneaban los faisanes rojioro—, sintió un nuevo golpe afectivo. Otro choque. Primero, casi nada —sólo un indicio—; tan sólo que mistress Browning empezó a manejar la aguja en el verano de 1849. Sin embargo, había en esto algo que hizo meditar a Flush. No acostumbraba su ama a coser. Se fijó en que Wilson cambiaba de

sitio una cama y abría un cajón para meter en él ropa blanca. Alzando la cabeza del suelo enlosetado miraba y escuchaba con mucha atención. ¿Iría a ocurrir algo? Esperaba a cada momento ver movimiento de baúles y preparativos de viaje. ¿Habría otra fuga? Pero ¿fugarse de qué, adónde? Aquí nada hay que temer, aseguró a míster Browning. En Florencia no tenían por qué preocuparse, ni ella ni él, de míster Taylor ni de las cabezas de perro envueltas en papel de estraza. Sin embargo, estaba preocupadísimo. Los signos de cambio, tal como él los interpretaba, no significaban huida. Significaban —y esto resultaba mucho más misterioso— espera. Se acercaba algo que era inevitable, comprendió Flush al ver a su ama sentada en la sillita baja, cosiendo silenciosa y aplicada. Y algo, a la vez, temible. Conforme pasaban las semanas, mistress Browning salía cada vez menos de casa. Sentada allí, parecía estar esperando la llegada de algún tremendo acontecimiento. ¿Iría a venir un rufián, como Taylor, a darle una paliza, cogiéndola sola e indefensa? Flush temblaba de aprensión con sólo pensar en ello. Lo cierto es que el ama no hacía por escapar. Nadie empaquetaba nada. Ninguna señal de que alguien fuera a irse de la casa. Al contrario, las señales eran de que iba a llegar alguien. Flush, en su celosa inquietud, espiaba a todo el que venía por primera vez a la casa. Ahora abundaban las visitas: miss Blagden, míster Landor, Hattie Hosmer, míster Lytton... y muchos más, tanto señoras como caballeros. Día tras día, seguía cosiendo mistress Browning.

Entonces ocurrió que ésta, uno de los primeros días de marzo, no apareció por la salita. Otras personas entraban y salían. Míster Browning y Wilson eran de los que entraban y salían, y tan absortos en sus pensamientos, que Flush hubo de esconderse bajo el sofá. La gente subía y bajaba apresuradamente las escaleras, llamándose unos a otros en voz baja. Voces en sordina desconocidas para Flush. Todos iban a parar al dormitorio. Cada vez se acurrucaba más en la sombra del sofá. Cada fibra de su cuerpo le decía que estaba ocurriendo algún cambio... algún acontecimiento horroroso. Una sensación semejante le había producido, años antes, la angustiada espera del encapuchado, cuando temía oír de un momento a otro sus pasos por la escalera, y por fin se había abierto la puerta y miss Barrett gritó: «¡míster Browning!». ¿Quién vendría ahora? ¿Qué encapuchado? Al finalizar el día, lo dejaron completamente solo; nadie entró en la sala. Allí se estuvo sin comer ni beber; ya podían haber olfateado en la puerta mil perritas moteadas, no les habría hecho el menor caso. Pues, a medida que pasaban las horas, tenía la aplastante sensación de que algo se estaba abriendo paso, desde fuera, para entrar en la casa. Miró por debajo de los flecos. Los cupidos que sostenían las luces, los arcones de caoba, las sillas francesas, todo parecía estar dejando sitio; y él mismo se sentía empujado contra la pared para hacer sitio a algo que no podía distinguir. Vio un momento a míster Browning, pero no era el mismo míster Browning. Luego, a Wilson, pero también ésta había variado, como si ambos estuvieran viendo la

presencia invisible para él. Sus ojos tenían un extraño aspecto; como de vidrio.

Por último, Wilson, muy arrebatada, desaliñada, pero triunfante, lo tomó en brazos y lo llevó al piso de arriba. Entraron en el dormitorio. En la penumbra del cuarto se percibía un débil balido y algo se agitaba en la almohada. Era un animal vivo. Aparte de todos, sin que hubieran abierto la puerta de la calle, sola, mistress Browning se había hecho dos. Aquella cosa horrenda se movía y balaba a su lado. Desgarrado por la ira y los celos, y por cierta sensación de profunda repugnancia que era incapaz de contener, Flush se soltó y salió corriendo escaleras abajo. Wilson y mistress Browning lo llamaron. Luego lo tentaron con mimos y ofreciéndole chucherías; pero fue inútil. Huía del repugnante ser, de aquella presencia tan repulsiva, y corría a esconderse donde hubiera un sofá o un rincón que le brindaran su sombra. «... durante quince días cayó en un estado de honda melancolía y no le hacían efecto alguno las atenciones que le prodigábamos». Esto lo notó míster Browning a pesar de las muchas cosas en que había de pensar. Y si tomamos —como debemos hacerlo— los minutos y horas de los seres humanos y, echándolos en el espíritu de un perro, observamos cómo se convierten los minutos en horas y las horas en días, no exageraremos si llegamos a la conclusión de que la «honda melancolía» de Flush duró el equivalente a seis meses completos del reloj humano. ¡Cuántos hombres y mujeres han olvidado en menos tiempo sus amores y sus odios!

Pero Flush no era ya el perro inculto y falto de mundología que era en los tiempos de Wimpole Street. Había aprendido mucho. Wilson le había pegado. Tuvo que comerse pasteles estropeados cuando pudo haberlos comido recién hechos; juró amar y no morder más. Todo esto se agitaba en su mente mientras yacía bajo el sofá, hasta que finalmente, salió vencedor de sí mismo. Y también esta vez fue recompensado. Al principio —hay que reconocerlo—, la recompensa fue insustancial, por no decir francamente desagradable: le ponían el niño sobre sus lomos y tenía que trotar por toda la casa mientras él le iba tirando de las orejas. Pero se resignó a esto con la mejor voluntad, y si se volvía al sentir que le tiraban de las orejas, sólo era «para besar los piecitos desnudos, de lindos hoyuelos...». Puso tan buena voluntad, que al cabo de tres meses este débil e indefenso montoncillo de carne piador y obstinado llegó a preferirlo a las otras personas «en general», según decía mistress Browning. Y lo curioso es que Flush correspondía al afecto del pequeño. Después de todo, ¿no compartían algo los dos?, ¿no se parecía el nene a Flush en muchos aspectos?, ¿acaso no tenían los mismos gustos e idénticos puntos de vista? Por ejemplo, en lo referente a paisajes. A Flush le resultaban insípidos todos los paisajes. En todos aquellos años no aprendió a concentrar la atención sobre las montañas, y, cuando lo llevaron a Vallombrosa, el esplendor de sus bosques no hizo sino aburrirlo. Volvieron a emprender otra larga expedición cuando el niño tenía varios meses. El crío iba en el regazo de su nodriza, y Flush en las

rodillas de mistress Browning. El carruaje iba, dale que dale, subiendo dificultosamente por las alturas de los Apeninos. Míster Browning estaba casi enajenado de entusiasmo. Apenas se podía separar de la ventanilla. No encontraba en todo el idioma inglés palabras con que expresar lo que sentía. «... la deliciosa perspectiva, casi sobrenatural, de los Apeninos, la maravillosa variedad de color y de forma, las transiciones tan súbitas y la vital individualidad de esas montañas, los bosques de castaños que, junto a los barrancos, se inclinan hacia lo hondo por su propio peso, las rocas resquebrajadas por los impetuosos torrentes, y las colinas que suben una sobre otra para apiñar su majestuosa existencia, mudando de color con el esfuerzo...». La belleza de los Apeninos provocaba el nacimiento de tan inmensa cantidad de palabras que se atropellaban unas a otras hasta aniquilarse. Pero el nene y Flush no experimentaban este estímulo ni la adaptación del lenguaje a las emociones. Ambos permanecían silenciosos. Flush retiró la cabeza de la ventanilla, no estimando aquello digno de contemplarse... Sentía un supremo desprecio por los árboles, montañas, y cosas por el estilo, observó míster Browning. El vehículo seguía adelante con su traqueteo. Flush dormía, y también dormía el niño. Por último, aparecieron luces, casas, hombres y mujeres, desfilando ante las ventanillas. Habían entrado en un pueblo. Entonces sí prestó Flush atención, y muchísima: «... los ojos se le salían de la cara, tan intensa era su curiosidad; miraba al Este, al Oeste... y podía pensarse que estaba tomando notas o preparándolas». A Flush sólo le conmovía lo humano. Por lo visto, la belleza había de cristalizar —para que él la percibiese— en un polvillo verde o violeta que alguna jeringa sobrenatural le insuflase por los conductos nasales, y después, en vez de manifestar con palabras el efecto que le había producido, lo hacía en un éxtasis mudo. Lo que mistress Browning veía, él lo olía; ella escribía; él, en cambio, olfateaba.

Y éste es el momento en que el biógrafo se ve forzado a hacer un alto. Si son insuficientes dos o tres mil palabras para expresar lo que vemos —y mistress Browning se declaró vencida por los Apeninos—, no contamos más que con dos palabras y media para manifestar lo que olemos. Casi no existe olfato humano. Los más grandes poetas del mundo no han olido más que rosas, por una parte, y estiércol por otra. Las infinitas gradaciones intermedias han quedado sin registrar. Y precisamente era en el mundo olfativo donde vivía Flush. El amor era, sobre todo, olor; la forma y el color eran también olor; la música, la arquitectura, la ley, la política y la ciencia eran olor. Para él, hasta la religión era olor. Nos resultaría imposible describir la más insignificante de sus experiencias con la carne o el bizcocho de cada día. Ni míster Swinburne podría haber dicho qué significaba para Flush el olor de Wimpole Street en una calurosa tarde de junio. En cuanto a describir el olor a perrita spaniel mezclado con el de antorchas, laureles, incienso, banderas,

cirios, y de una guirnalda de hojas de rosal pisada por un zapatito de satén que estuvo guardado con alcanfor, eso quizá Shakespeare, si se hubiera detenido hacia la mitad de Antonio y Cleopatra, cuando lo escribía... Pero Shakespeare no se detuvo en esto. De modo que, confesando nuestra incapacidad, sólo podemos hacer constar que en estos años —los más plenos, libres y felices en la vida de Flush— Italia significaba para él, principalmente, una sucesión de olores. Hay que suponer que el amor fue perdiendo gradualmente su fuerza en él. Pero el olor no la perdía. Ahora que se habían instalado de nuevo en la Casa Guidi, cada uno tenía su quehacer: místico Browning escribía, con regularidad, en su habitación; mistress Browning escribía también con regularidad en la suya. Flush vagaba por las calles de Florencia para extasiarse con los olores. Por calles y callejuelas, por plazas y alamedas, correteaba Flush guiado por su olfato. Iba de olor en olor; los recorría todos: el áspero, el suave, el oscuro, el dorado... Entraba y salía, subía y bajaba, donde batían el cobre, donde amasaban pan, donde hallaba mujeres peinándose, donde había jaulas con pájaros —formando una pila en plena calle—, donde se derramaba el vino manchando de rojo oscuro el pavimento, donde huele a cuero, a guarniciones y a ajo, donde tiemblan las hojas de parra, donde hay hombres que beben, escupen y juegan a los dados... Lo correteaba todo, con la nariz a ras del suelo, sorbiendo esencias, o con la nariz en el aire vibrante de aromas. Dormía en esta mancha tostada por el sol —¡qué vaho despedía la piedra recalentada!—, buscaba aquel túnel de sombra —¡qué ácida olía la piedra a la sombra!—. Devoraba racimos enteros de uva madura a causa del color púrpura que despedían; mascaba y luego escupía las piltrafas endurecidas, de cabra, o los restos de macarrones que cualquier ama de casa había tirado por el balcón (el olor a cabra y a macarrones es un olor ronco y carmesí). Seguía la desfallecedora dulzura del incienso en la violácea oscuridad de las catedrales, y al husmear el oro de las losas sepulcrales, se ponía a lamerlo. Y su sentido del tacto no era menos agudo. Conocía la marmórea suavidad de Florencia y también su aspereza arenosa y pedriza. Muchos drapeados esculpidos y mohosos, muchos dedos y pies de suave mármol, recibían la caricia de su lengua o el temblor de su estremecido hocico. Y en las almohadillas, infinitamente sensibles, de sus pies, quedaron estampadas claramente orgullosas inscripciones latinas. En resumen, se sabía a Florencia como jamás se la supo ningún ser humano, como no la conocieron ni Ruskin ni George Eliot. La conocía como sólo pueden conocer los mudos. Ni una sola de sus innumerables sensaciones se sometió nunca a la deformidad de las palabras.

Pero, aunque al biógrafo le agradaría deducir de lo anterior que la vida de Flush —cuando ya era un perro maduro— constituía una orgía de placer indescriptible, y sostener que, mientras el niño conquistaba cada día una nueva palabra, alejándose así cada día un poco más de la sensación pura, Flush, en cambio, seguía gozando de un paraíso donde las esencias no pierden su pureza

y los nervios desnudos están en contacto con la desnudez del alma de las cosas... aunque sería muy agradable decirlo, no sería cierto. Flush no vivía en semejante paraíso. Un alma, de estrella en estrella, o un ave cuyos vuelos más distantes sobre las selvas tropicales no puedan llevarla a divisar viviendas humanas, con su humo rizado saliendo de las chimeneas, pueden gozar —por lo menos, así nos parece— de esa inmunidad, de tan íntegra bendición. Pero Flush había reposado en rodillas humanas y había oído la voz de los hombres. En su carne corrían vetas de pasión humana: conocía todos los grados de los celos, de la ira y de la desesperación. Así, en el verano, lo acibillaban las pulgas. Con cruel ironía, el sol que maduraba las uvas era también quien traía las pulgas. «... y el martirio que sufrió Savonarola aquí en Florencia — escribió mistress Browning— no fue peor que el padecido por Flush durante el verano». Las pulgas nacían de un brinco en todos los rincones de las casas florentinas; saltaban de todas las grietas de la vetusta piedra, de cada pliegue de los viejos tapices, de cualquier capa, sombrero o manta. Anidaban en el pelo de Flush. Se abrían paso a pinchazos hasta lo más áspero de su piel. Sufrió con ello su salud; adelgazó, se le veía triste y febril. Rascábase continuamente y se hacía daño con ello. Hubo que acudir a miss Mitford. Mistress Browning le preguntó angustiadamente, por carta, qué remedio había contra las pulgas. Miss Mitford, sentada aún en su invernadero de «Three Mile Cross» —y aún afanada en sus tragedias—, dejó descansar un poco la pluma y repasó sus antiguas recetas: qué había empleado Maryflower, qué Rosebud... Pero es que las pulgas de Reading se mueren con cualquier cosa. Las de Florencia son rojas y viriles. Los polvillos recetados por miss Mitford hubieran sido para ellas como rapé. Desesperados, los señores Browning se arrodillaron junto a un barreño de agua y se esforzaron por purificar a Flush con jabón y un cepillo. Pero fue inútil. Un día, habiendo sacado mistress Browning de paseo a Flush, notó que la gente señalaba a éste; oyó a un hombre murmurar —a la vez que se llevaba un dedo a la nariz—. «La roгна» (la sarna). Como por aquella época «tenía ya Robert tanto afecto como yo a Flush», le resultaba intolerable que, yendo de paseo por la tarde con aquel amigo, lo estigmatizaran de semejante forma. «Robert», escribía su mujer, «no estaba dispuesto a soportar aquello ni un momento más». Sólo quedaba un remedio, pero era un remedio casi tan grave como la misma enfermedad. Por muy democrático que se hubiera hecho Flush y por muy poco que le importasen los distintivos de su prosapia, seguía siendo lo que le había llamado Philip Sidney: un caballero de nacimiento. Llevaba su árbol genealógico en la espalda. Su pelo significaba para él lo que un reloj de oro con el escudo familiar grabado en él, puede significar para un aristócrata venido a menos, cuyas extensas propiedades se hubiesen ido encogiendo hasta quedar limitadas a aquel reducido círculo. Y era el pelo precisamente lo que míster Browning propuso sacrificar. Hizo acercársele a Flush y «con unas

tijeras en la mano lo fue esquilando hasta dejarle el aspecto de un león».

Mientras Robert Browning manejaba las tijeras, mientras caían al suelo las insignias del cocker y lo iban disfrazando de otro animal muy distinto, Flush sentíase disminuido, avergonzado, sometido en cierto modo a un proceso de afeminamiento. ¿Qué soy ahora?, pensó contemplándose en el espejo. Y el espejo contestó, con esa sinceridad brutal de todos los espejos: No eres nada. No era nadie. Desde luego, ya no era un spaniel de la clase cocker. Pero, al contemplarse las orejas calvas ahora, y sin rizar, parecía como si se le estirasen. Era como si el poderoso espíritu de la verdad y de la risa, las estuviera animando. No ser nada... ¿No es ésta, después de todo, la condición más satisfactoria en que puede uno hallarse en el mundo? Volvió a mirarse. Le quedaba un collar de pelo. ¿No sería, en cierto modo, una buena carrera caricaturizar la pompa de los que pretenden ser algo? En resumidas cuentas, cualquiera que fuese la orientación que diera a su vida, lo indudable es que se había librado de las pulgas. Se sacudió el peludo collar que le había quedado. Vaciló sobre sus patas, desnudas ya y adelgazadas. Se animó de nuevo. Lo mismo podía ocurrir a una mujer de célebre hermosura que, al levantarse del lecho después de una enfermedad y encontrarse el rostro desfigurado para siempre, tirase al fuego sus galas y cosméticos, y riera, contenta, al pensar que ya no necesitaba volver a contemplarse en el espejo ni temer el alejamiento de un amante o la belleza de una rival. Así, Flush salió corriendo, trasquilado y semejante a un león, pero libre de pulgas. «Flush», escribió mistress Browning a su hermana, «es muy sensato». Quizá estuviera recordando el aforismo griego que afirma no poderse alcanzar la felicidad sino a través del sufrimiento. El verdadero filósofo es el que se queda sin pelo pero se libra de las pulgas.

Aunque no tuvo Flush que esperar mucho para ver sometida su filosofía recién adquirida a una dura prueba. De nuevo aparecieron en la Casa Guidi indicios de una de aquellas crisis... Total, nada, un cajón que se abría, o una cuerda colgando de una caja, pero para un perro son estas señales silenciosas tan amenazadoras como son para un pastor las nubes que anuncian la inminente tormenta o para un estadista los rumores que predicen una guerra. Se preparaba otro cambio, otro viaje. Bueno, ¿y a santo de qué? Se disponían los baúles, se los ataba con cuerdas. La niñera salió con el niño en brazos. Aparecieron los señores Browning, vestidos de viaje. Había un coche a la puerta.

Flush esperó filosóficamente en el vestíbulo. Si ellos estaban preparados, él también lo estaba. Una vez instaladas las personas en el coche, se metió Flush en éste de un ágil salto. ¿Adónde irían? ¿A Venecia, a Roma, a París...? Le daban igual todos los países, todos los hombres eran hermanos suyos. Ya había aprendido la lección. Pero cuando, por fin, emergió de la oscuridad,

hubo de echar mano de toda su filosofía... Estaba en Londres.

Las casas se extendían a izquierda y derecha en avenidas de líneas bien trazadas. El pavimento era frío y duro bajo sus pies. Allí, saliendo de detrás de una puerta de caoba con llamador de bronce, estaba una señora ataviada con un ondulante vestido de terciopelo purpúreo. Sobre el cabello llevaba una diadema de flores. Recogiendo su flotante drapeado, miró despectivamente calle arriba y calle abajo, mientras un lacayo, inclinándose, preparaba el estribo de un landó para que la dama pudiera subir. Toda la calle Welbeck — pues era la calle Welbeck— se hallaba envuelta en un esplendor de luz rojiza... una luz que no era clara y feroz como la luz italiana, sino curtida y enturbiada por el polvo de un millón de ruedas y el pisoteo de un millón de herraduras. La temporada londinense estaba en su apogeo. Todos los ruidos de la ciudad se reunían en uno difuso y gigantesco que la cubría como un manto. Pasó un majestuoso galgo conducido por un lacayo. Un guardia, paseándose arriba y abajo con paso rítmico, lanzaba a uno y otro lado la mirada inquisitiva de sus ojos de toro. Olores de asado, olores a carne de vaca y a col, procedentes de mil sótanos... Un criadillo con librea echaba una carta en el buzón.

Anonadado por la magnificencia de la metrópolis, se detuvo Flush un momento en el umbral de aquella casa. Wilson también se paró a pensar.

¡Qué mezquina le parecía ahora la civilización italiana, con sus Cortes y sus revoluciones, sus Grandes Duques y sus soldados de la Guardia Ducal! Al ver pasar un guardia londinense, dio gracias a Dios por seguir soltera, pues no había llegado a casarse con el signor Righi. Entonces salió de una taberna próxima una figura siniestra. Un hombre los miraba con ojos codiciosos. Flush se metió en la casa de un rapidísimo salto.

Hubo de pasarse varias semanas recluido en la salita de una pensión de Welbeck Street. Pues aún era preciso el encierro. Se había presentado el cólera, y si es cierto que el cólera contribuyó algo a mejorar la condición de los grajales, no la mejoró demasiado, ya que seguían siendo robados los perros y los de Wimpole Street tenían que ir todavía con el collar y la cadenita. Naturalmente, Flush hizo vida de sociedad. Frecuentó a los perros alrededor del buzón y frente a la taberna; le dieron la bienvenida con la buena educación propia de unos perros tan distinguidos. Así como un lord que haya vivido muchos años en Oriente y contraído allí algunas de las costumbres indígenas, rumoreándose que se ha hecho musulmán y que tuvo un hijo de una lavandera china, se encuentra, al volver a ocupar su puesto en la Corte, con que sus antiguos amigos están dispuestos a no tomarle en cuenta esas aberraciones y lo invitan a Chatsworth (aunque, claro está, sin hacer alusión a su mujer y dándose por descontado que unirá sus plegarias a las de la familia), así acogieron a Flush los pointers y los setters de la calle Wimpole, haciendo

como que no se daban cuenta del estado de su pelambre. Pero Flush creyó notar en este viaje cierta morbosidad entre los perros londinenses. Todo el mundo sabía que el perro de la señora de Carlyle, Nerón, se había arrojado desde una ventana de un último piso, con la intención de suicidarse. Se decía que se le había hecho insoportable la vida tan dura que llevaba en Cheyne Row. Y a Flush no le costaba trabajo creerlo, a juzgar por la calle Welbeck. El encierro, la multitud de cacharritos, las cucarachas por la noche, las moscas por la mañana, los efluvios —que lo hacían desfallecer a uno— del asado de cordero, la presencia constante de los plátanos en el aparador... ¿No era suficiente todo eso, unido a la proximidad de varios hombres y mujeres vestidos pesadamente y que no se lavaban a menudo —y nunca del todo—, para irritarle a uno los nervios y hacerle perder la paciencia? Se pasaba las horas muertas baja un armario de la pensión. Imposible salir a dar una vuelta. Siempre tenían cerrada la puerta de la calle. Había de esperar que alguien lo sacase de paseo con la cadena.

Sólo dos incidentes rompieron la monotonía de las semanas que pasó en Londres. Un día, a fines de aquel verano, fueron los Browning a visitar al reverendo Charles Kingsley, en Farnham. En Italia habría estado la tierra tan dura y desnuda como ladrillo, y las pulgas hubieran aparecido por doquier. Se habría uno arrastrado de sombra en sombra, agradeciendo hasta la raya umbría proyectada por el brazo extendido de alguna estatua de Donatello. Pero aquí, en Farnham, había campos de verde hierba; había estanques de agua azul; bosques rumorosos y un césped tan hermoso que las pezuñas botaban en él al pisarlo. Los Browning y los Kingsley pasaron el día juntos. Y nuevamente, mientras trotaba Flush tras ellos, volvieron a sonar las antiguas trompas de caza. Retornó al lejano éxtasis... ¿Una liebre, un zorro? Flush corrió a sus anchas por los matorrales de Surrey como no había corrido desde los tiempos de «Three Mile Cross». Un faisán desplegó su pirotecnica púrpura y oro. Casi lo había agarrado ya con los dientes por el extremo de la cola cuando oyó una voz que gritaba. Sonó un latigazo. ¿Era el reverendo Charles Kingsley llamándolo al orden? De todos modos, ya no siguió corriendo. Los bosques de Farnham estaban acotados rigurosamente.

Unos cuantos días después se hallaba echado en la salita de Welbeck Street, cuando entró mistress Browning vestida como para salir y lo hizo abandonar su escondite. Le puso la cadenita en el collar y, por primera vez desde septiembre de 1846, fueron juntos a la calle Wimpole. Cuando llegaron frente al número 50 se detuvieron como antaño. Y, como antaño, tuvieron que esperar. El criado seguía tardando lo mismo en acudir. Por fin, se abrió la puerta. ¿Sería Catiline aquel que estaba tumbado en la esterilla? El perro, viejo y desdentado, bostezó, se desperezó y no prestó la menor atención a los recién llegados. Subieron las escaleras tan a hurtadillas, tan en silencio como las bajaron la última vez. Mistress Browning, muy despacito, abriendo las puertas

como si temiese ver qué iba a encontrarse dentro, recorría las habitaciones. Se le entristecía el semblante conforme las iba contemplando; «... me parecieron», escribió, «más pequeñas y más sombrías, y los muebles me resultaron inadecuados». La hiedra seguía golpeando los cristales de la ventana del dormitorio trasero. La cortinilla estampada oscurecía aún las cosas. Nada había cambiado. En aquellos años no había pasado nada. Así fue de habitación en habitación, apesadumbrada por el recuerdo. Pero, mucho antes de que hubiese terminado su visita de inspección, ya estaba Flush impacientísimo. ¿Y si míster Barrett viniera a sorprenderlos? ¿Y si, con el ceño fruncido, diese una vuelta a la llave y los dejara encerrados para siempre en el dormitorio trasero? Por último, mistress Browning cerró las puertas y bajó muy despacito. Sí —dijo—, la casa necesitaba, a su juicio, una buena limpieza.

Después de esto, sólo le quedó a Flush un deseo: salir de Londres, partir de Inglaterra para siempre. No se consideró feliz hasta encontrarse a bordo del vapor que cruzaba el Canal hasta Francia. Resultó un viaje molesto. La travesía duró ocho horas. Mientras el vapor se bamboleaba sobre las olas, Flush se sintió invadido por un tumulto de recuerdos revueltos: señoras con terciopelo de color púrpura, individuos andrajosos con sacos, Regent's Park, la reina Victoria pasando con su escolta, la verdura del césped inglés y la ranciedad de los pavimentos ingleses... Todo esto le pasó por la mente mientras yacía en cubierta; y, al levantar la vista, distinguió a un hombre alto y de severo aspecto acodado a la barandilla.

«¡Míster Carlyle!», oyó exclamar a mistress Browning y en ese instante —recuérdese que la travesía fue muy mala— se acabó de marear Flush. Acudieron marineros con baldes y lampazos, «... y echaron de allí al pobre perro. Pues la cubierta del vapor era aún inglesa; los perros no deben marearse en cubierta. Éste fue su último saludo a las playas de su isla natal».

CAPÍTULO VI

FINAL

Flush iba haciéndose ya un perro viejo. Evidentemente, lo habían cansado el viaje a Inglaterra y los recuerdos que éste despertara en él. Pudo observar que, a su regreso, buscaba la sombra con preferencia al sol, aunque la sombra de Florencia fuera más calurosa que el sol de la calle Wimpole. Se le pasaban las horas muertas sesteando al pie de una estatua o bajo el borde de la taza de una fuente, para que le cayera encima alguna salpicadura de cuando en cuando. Los perritos jóvenes solían buscar su compañía. Y él les contaba sus

experiencias de Whitechapel y de Wimpole Street; les describía el olor a trébol y el olor de la calle Oxford; repetía sus relatos de una y otra revolución; cómo vinieron los Grandes Duques, cómo se volvieron a marchar... ¡pero la perrita con pintas (por aquella avenida de la izquierda)... ésa sigue allí!, decía Flush. Entonces, puede que pasara junto a él el violento míster Landor y lo amenazase con el puño, fingiéndose furioso por burlarse de él; o que se detuviese a su lado la amable miss Isa Blagden y sacase de su ridiculez un bizcocho azucarado. Las campesinas del mercado le preparaban un lecho de hojas verdes en el umbrío fondo de sus cestas y le arrojaban de cuando en cuando un racimo de uvas. Lo conocían y lo amaban en toda Florencia... Encantadores, muy sencillos todos, tanto los perros como los hombres.

Pero se iba haciendo ya un perro viejo, y tendía cada vez más a echarse, y ya no bajo la fuente, pues sus huesos avejentados no podían resistir la dureza de los guijarros, sino en el dormitorio de mistress Browning, sobre el escudo de los Guidi, que formaba en el suelo una isla suave de escayola; o en la sala, a la sombra de la mesa. Y bajo ella estaba echado aquel día —poco después de su regreso de Londres—, profundamente dormido. Pesaba sobre él intensamente el plomizo sueño de la vejez; sueño sin ensueños. Desde luego, ese día era su sueño mucho más profundo que de costumbre, pues a medida que seguía durmiendo se iba haciendo más densa la oscuridad en que estaba sumergido. Si acaso soñó, fue con una selva primigenia, cerrada a la luz del sol, aislada de toda voz... aunque repetidas veces, mientras dormía, soñó oír el gorjeo adormilado de un pájaro que también soñaba o, entre ramas columpiadas por el viento, la risita melosa y contenida de algún mono pensativo.

Entonces, separáronse todas las ramas, penetrando la luz... por aquí... por allá..., en dardos centelleantes. Los monos comenzaron a parlotear, los pájaros levantaron el vuelo chillando y dando la alarma... Se despertó sobresaltado. Lo rodeaba una confusión tremenda. Habíase quedado dormido bajo las lisas patas de una mesa-velador de las corrientes en cualquier salón. Ahora lo acosaban oleadas de faldas y pantalones en marejada. Es más, la misma mesa se balanceaba violentamente. No sabía por dónde salir corriendo. ¿Qué diantre ocurría? ¿Qué le pasaba a la mesa, por amor de Dios? Elevó la voz en un prolongado aullido interrogativo.

No puede contestarse aquí satisfactoriamente la pregunta de Flush. Lo más que puede ofrecerse son unos cuantos hechos; y muy poco elocuentes, por cierto. En pocas palabras: parece ser que a principios del siglo XIX la condesa de Blessington compró una bola de cristal a un mago. La condesa «nunca pudo comprender cómo se usaba aquello»; en verdad, jamás acertó a ver nada en la bola que no fuera el cristal. No obstante, después de su muerte se verificó una almoneda de sus bienes y la bola pasó a manos de otras personas «que la

miraron con ojos más penetrantes o más puros», y vieron en la bola otras cosas además del cristal. Lo que no se ha confirmado es si fue Lord Stanhope quien la compró, ni si fue él quien la miró «con ojos más puros». Pero sí se sabe con certeza que en 1852 poseía Lord Stanhope una bola de cristal y que sólo tenía que mirar al interior de ésta para ver, entre otras cosas, «los espíritus del sol». Naturalmente, un caballero hospitalario como aquél no podía guardarse para él sólo unas vistas semejantes; así que solía exhibir la bola después de los almuerzos a que estaban invitadas todas sus amistades, invitación que hacía extensiva a poder admirar los espíritus solares. En este espectáculo había algo extrañamente delicioso (desde luego, míster Charley no lo creía así; era casi la única excepción); las bolas «hicieron furor»; afortunadamente, un óptico de Londres descubrió en seguida la manera de hacerlas sin ser nigromante ni egipcio, aunque, claro está, el precio del cristal inglés resultaba caro. Así fue como tantísima gente se proveyó de bolas en los primeros años del quinto decenio del siglo; aunque, según dijo Lord Stanhope, muchas personas usaban las bolas «sin el valor moral para confesarlo». El predominio de los espíritus en Londres llegó a tal punto, que se sintió cierta alarma en los medios oficiales, sugiriéndole Lord Stanley a Sir Edward Bulwer Lytton la conveniencia de que «nombrase el Gobierno una comisión investigadora para aclarar el asunto cuanto fuera posible». Quizá porque se asustaran los espíritus al enterarse que se acercaba una comisión gubernamental, o quizá debido a que también tienden los espíritus —como los cuerpos— a multiplicarse cuando los encierran juntos, lo cierto es que comenzaron a mostrarse inquietos y huyendo en grandes bandadas, se instalaron en las patas de las mesas. Fuera esto debido al motivo que fuese, lo positivo es, que la táctica tuvo éxito. Las bolas de cristal eran muy caras. En cambio, casi todo el mundo posee una mesa. Así, cuando mistress Browning regresó a Italia, en el invierno de 1852, se encontró con que los espíritus la habían precedido; casi todas las mesas de Florencia estaban infestadas. «Desde la Legación hasta los farmacéuticos ingleses», escribía, «toda la gente está sirviendo mesas. Cuando se reúnen varias personas alrededor de una mesa, nunca es para jugar al whist». No; se reunían para descifrar los mensajes comunicados por las patas de las mesas. Así que si se deseaba saber la edad de un niño, «la mesa se expresaba inteligentemente golpeando el suelo con sus patas, respondiendo con arreglo al alfabeto». ¿Y qué límite podía tener la inteligencia de una mesa capaz de decirnos la edad de nuestro propio hijo? En las tiendas se anunciaban las mesas giratorias. Sus paredes se cubrían de carteles con anuncios de maravillas scoperte a Livorno. Hacia el año 1854 se había extendido ya tanto la afición que «se hallaban inscritas, como practicantes del intercambio espiritista, cuatrocientas mil familias americanas». Y de Inglaterra llegó la noticia de que Sir Edward Bulwer Lytton había importado a Knebworth «varios espíritus golpeadores americanos», con el feliz resultado —esto le

contaron al pequeño Arthur Russell cuando se extrañó de que «un anciano muy raro con una bata deslucida» le estuviese mirando fijamente durante el desayuno— de que Sir Edward Bulwer Lytton se creyese invisible.

Cuando mistress Browning miró por primera vez en la bola de cristal de Lord Stanhope, en una reunión que dio éste en su casa, no consiguió ver sino que aquello constituía un notable exponente de la época. Desde luego, el espíritu del sol encargó que le dijeran que ella pensaba ir a Roma; mas, como no pensaba ir a Roma, contradijo al espíritu del sol. «Pero», añadió sinceramente, «me encanta lo maravilloso». Su temperamento era muy inclinado a las aventuras. Había arriesgado su vida yendo a la calle Manning. Había descubierto un mundo con el que ni siquiera se atrevió nunca a soñar, a media hora en coche de la calle Wimpole. ¿Por qué no podía existir otro mundo a sólo medio instante de Florencia, un mundo mejor, más hermoso, donde viven los muertos esforzándose en llegar hasta nosotros? De todos modos, se arriesgaría en esta nueva aventura. Así pues, sentose también a la mesa. Y acudió míster Lytton, hijo brillante de un padre invisible. Y míster Frederick Tennyson, míster Powers y míster Villari... Se sentaron todos alrededor de la mesa, y cuando ésta acababa de dar sus pataditas, tomaban el té y comían fresas y crema, mientras «Florencia se disolvía en la púrpura de las colinas y las estrellas comenzaban a parpadear»; y charlaban, charlaban mucho... «¡Cuántas historias contábamos y qué milagros jurábamos haber visto! Aquí todos somos creyentes, Isa, menos Robert». Un día irrumpió en la sala el sordo míster Kirkup, con su barba de un blanco amarillento. Había venido, sencillamente, para exclamar: «¡Existe un mundo espiritual, hay una vida futura! Lo confieso. Por fin, me he convencido». Y si míster Kirkup, cuyo credo había sido siempre «lo más próximo al ateísmo», se había convertido sólo por haber oído, a pesar de su sordera, «tres golpes tan fuertes que lo hicieron saltar», ¿cómo podía mistress Browning apartar las manos de la mesa? «Ya sabe usted que soy una visionaria y conoce mi inclinación a llamar a todas las puertas de este mundo para tratar de salir de él», escribió en cierta ocasión. Así que citó a los fieles en la Casa Guidi y allí se estaban con las manos en la mesa de la sala, intentando salir de este mundo.

Flush se asustó terriblemente. Las faldas y los pantalones ondeaban a su alrededor, la mesa se sostenía en un solo pie. Pero, por mucho que vieran y oyeran las señoras y los caballeros reunidos en torno a la mesa, Flush ni oía ni veía nada. En verdad, la mesa se sostenía en una sola pata; pero esto es corriente en las mesas si os apoyáis con fuerza en uno de sus lados. Él mismo había volcado mesas, y bien le habían reñido por ello. Pero es que mistress Browning se había quedado con los ojos muy abiertos, como si viera alguna maravilla en el exterior. Flush se precipitó al balcón y miró desde allí. ¿Estaría pasando otro Gran Duque con bandera y antorchas? Flush sólo vio una vieja mendiga acurrucada en la esquina, sobre su cesta de melones. Sin embargo, no

había duda de que mistress Browning estaba viendo algo, y algo sobremanera maravilloso, En los días, tan lejanos, de Wimpole Street, había llorado una vez sin que pudiera él comprender el motivo; y luego se había puesto a reír mirando unos garabatos de tinta. Pero esto era diferente. Había algo en su mirada que lo asustaba. Algo había en la habitación, o en la mesa, o quizá en las sayas y en los pantalones, que lo molestaba profundamente.

Conforme pasaban las semanas, se acentuaba la preocupación de mistress Browning por lo invisible. Aunque hiciese un día magnífico, y en vez de irse a contemplar cómo se deslizaban los lagartos por entre las piedras, se sentaba a la mesa; aunque la noche estuviese cuajada de estrellas, y en vez de leer en su libro o pasar la mano sobre las hojas de papel blanco, se apresuraba a llamar, si míster Browning no estaba en casa, a Wilson; y Wilson acudía bostezando. Entonces sentábanse juntas a la mesa hasta que este mueble —cuya verdadera función era proporcionar sombra— daba golpecitos en el suelo, y mistress Browning exclamaba que le estaba anunciando a Wilson una próxima enfermedad. Wilson replicaba que lo que sí tenía era un sueño terrible. Pero no tardaba mucho la misma Wilson, la implacable, la recta y británica Wilson, en lanzar unos chillidos penetrantes, desmayándose acto seguido, lo cual hacía corretear a mistress Browning de un lado para otro en busca del «saludable vinagre». A Flush le parecía todo esto una manera muy desagradable de pasar la tarde. ¡Cuánto mejor sentarse a leer el libro!

Indudablemente, padecieron mucho los nervios de Flush con aquel ambiente de expectación angustiosa, con el olor —intangible, pero desagradable—, con los golpecitos en el suelo, los gritos y el vinagre...

Estaba muy bien que el niño, Penini, rezara pidiendo «que le creciese el pelo a Flush»; ¡esa aspiración le era comprensible! Pero esta clase de plegarias que requerían la presencia de malos olores de caballeros de aspecto deslucido y del grotesco aditamento de un mueble de caoba sólida en apariencia... todo esto le irritaba tanto como a aquel hombre, robusto, sensible y elegantemente vestido: su amo. Pero lo peor para Flush —mucho más que los olores y que el absurdo mueble— era la expresión del rostro de mistress Browning cuando miraba por el ventanal como si estuviera viendo algo que fuera maravilloso, cuando nada había, en realidad. Flush se situaba frente a ella. Y mistress Browning lo miraba como si no lo viera. Esa mirada era la más cruel que pudiera haberle dirigido. Peor aún que su fría ira cuando él mordió a míster Browning en una pierna; peor que su risa sardónica cuando le cogieron la pezuña con la puerta en Regent's Park... Desde luego, había momentos en que echaba de menos Wimpole Street y sus mesas. Las mesas del número 50 no solían hacer equilibrios sobre una pata. La mesita, con aquel aro alrededor en la que ella dejaba sus preciados adornos, se había estado siempre absolutamente quieta. En aquellos días —tan lejanos— sólo tenía que saltar al

sofá y miss Barrett se daba cuenta instantáneamente de su presencia y lo miraba. Ahora, una vez más, saltó al sofá. Estaba escribiendo: «... además, a petición del medium, tomaron las manos espirituales una guirnalda que había sobre la mesa y me la pusieron en la cabeza. La mano que hizo esto último era como las mayores que pertenezcan a seres humanos, blanca como la nieve, y muy hermosa. Estaba tan cerca de mí como ésta con la que ahora escribo, y la vi tan claramente como estoy viendo ésta». Flush la tocó con viveza. Miró a través de él como si fuera invisible. Entonces saltó del sofá y salió corriendo escaleras abajo, a la calle.

Hacía una tarde abrasadora. La vieja mendiga de la esquina se había quedado dormida sobre sus melones. El sol parecía estar zumbando en el cielo. Flush tomó el camino —tan conocido para él— del mercado, trotando a lo largo de los muros, que le daban sombra. La plaza estaba animadísima con los toldos, los tenderetes y la policromía de las sombrillas. Las vendedoras, junto a las canastas de fruta; las palomas, revoloteando; el repique de las campanas; los látigos que restallaban... Los perros mestizos florentinos —con su variedad de colores— corrían en todas direcciones, husmeándolo todo. Bullicio de colmena y calor de horno. Flush buscaba la sombra. Se echó a los pies de su amiga Catterina, en la sombra que proyectaba su gran canasta. Junto a ésta, otra sombra, la de un búcaro oscuro con flores rojas y amarillas. Y por encima, una estatua, con el brazo derecho extendido, intensificaba la sombra hasta hacerla violeta. Allí yacía Flush, al fresco, contemplando a los perritos ocupados en sus asuntos particulares. Regañaban, se mordían y retozaban por el suelo con todo el abandono de la alegría juvenil. Se perseguían unos a otros dando la vuelta a la plaza innumerables veces, como él persiguiera cierta vez a la perrita con pintas por aquella alameda... Sus pensamientos volaron a Italia por un momento... a la spaniel de míster Partridge, a su primer amor... al éxtasis y al candor de la juventud. Después de todo, también a él le había tocado su parte. No le sabía mal que los jóvenes de ahora disfrutasen de la vida. El mundo se le había hecho muy agradable. No tenía quejas de él. La vendedora le rascó detrás de la oreja. A veces le había dado algún pescozón por haber robado un racimo o por cualquier otra inconveniencia; pero ya era viejo, y también ella era vieja. Flush le guardaba sus melones y ella le rascaba la oreja. Ahora, mientras la vieja hacía punto, él dormitaba. Las moscas zumbaban sobre el gran melón rosado, recién rajado para mostrar su pulpa.

El sol filtraba deliciosamente su ardor por entre las hojas de los lirios y a través de la sombrilla verdiblanca. La estatua de mármol matizaba de fresca este calor. Flush, tumbado, dejaba que le penetrase por la pelambre hasta su piel desnuda. Y, cuando se tostaba por un lado, se volvía del otro, para que también se lo tostase el sol. La gente charlaba y regateaba sin cesar; pasaban mujeres, se paraban a tocar las verduras y las frutas... Un perpetuo zumbido de voces humanas que a Flush le encantaba escuchar. Al cabo de un rato se

adormeció a la sombra de los lirios. Durmió como duermen los perros cuando están soñando. En cierto instante se le estiraron las patas... ¿Soñaba acaso que cazaba conejos en España? ¿Corría por la ladera de un monte con unos hombres morenos que gritaban Span! Span! al cruzar los conejos, como centellas, entre la maleza? Luego volvió a quedarse inmóvil. Y, a los pocos momentos, gruñó, rápida y suavemente, muchas veces seguidas. Quizás estuviese oyendo al doctor Mitford incitando a sus lebreles en las cacerías de Reading. Luego se le movió la cola mansamente. ¿Estaría oyendo a la vieja miss Mitford gritándole: «¡Perro malo! ¡Perro malo!», cuando volvía al lado de ella, que lo esperaba entre las hortalizas agitando su sombrilla? Luego poníase a roncar, envuelto en el profundo sueño de una vejez feliz. De repente se agitaron todos los músculos de su cuerpo. Se despertó con una violenta sacudida. ¿Dónde creyó hallarse? ¿En Whitechapel, entre los rufianes? ¿Había vuelto a sentir el filo del cuchillo en su cuello?

Lo cierto es que despertó de su ensueño sobrecogido de terror. Salió huyendo como si buscase un refugio. Las mujeres del mercado se rieron y le tiraron uvas podridas, gritándole que volviera. No les hizo caso.

Las ruedas de los carros casi lo aplastaron cuando pasaba veloz entre ellas, por las calles, recibiendo de pasada las maldiciones y los latigazos de los carreteros. Chiquillos medio desnudos le arrojaban guijarros, vociferando a su paso. Matta! Matta!. Sus madres corrían a los umbrales y metían a sus hijos en casa, asustadas. ¿Estaría rabioso? ¿Le había enloquecido el sol? ¿O es que había oído otra vez el cuerno de caza de Venus? ¿O, al cabo, lo había poseído uno de esos espíritus golpeadores americanos que habitaban en las patas de las mesas? Cualquiera que fuese la causa, así iba disparado, en zigzag, subiendo una calle, bajando por otra, hasta llegar a la puerta de la Casa Guidi. Subió las escaleras y se fue derecho al salón.

La señora Browning estaba recostada en el sofá, leyendo. Cuando entró, lo miró sobresaltada. No, no era un espíritu... era sólo Flush. Se rio. Entonces, al verlo saltar al sofá y apretar su cabeza contra el rostro de ella, le acudieron a la memoria las palabras de aquel poema que escribiera:

¿Veis este perro? Ayer mismo cavilaba yo aquí sin hacerle caso, hasta que los pensamientos me arrancaron cada uno una lágrima. Entonces se me acercó, por la almohada —sobre la que reposaba mi húmeda mejilla—, una cabeza tan peluda como la de Fauno, y al instante la tuve apoyada en mi rostro. Dos ojazos oro claro asombraron a los míos, y una oreja, larga y caída, enjugó la espuma de mi melancolía. Sorprendime al principio, como un árcade a quien sobrecogiera la presencia de un dios cabrío en la medialuz de un bosquecillo; pero, cuando la barbuda aparición acabó de secar mis lágrimas, reconocí a Flush y me repuse de mi sorpresa y de mi pena, dando gracias al verdadero Pan, quien, valiéndose de criaturas insignificantes, nos permite conocer

cumbres de amor.

Había escrito aquel poema años atrás, en Wimpole Street, cuando era muy desventurada. Ahora era feliz. Estaba envejeciendo, y Flush también. Se inclinó un momento sobre él. La cara de mistress Browning, con su boca ancha, sus grandes ojos y espesos rizos, seguía teniendo un extraño parecido con la de él. Ambos rostros parecían proceder del mismo molde y haberse desdoblado después, casi como si cada uno completase lo que estaba latente en el otro. Pero ella era una mujer; él, un perro. Mistress Browning siguió leyendo. Después volvió a mirar a Flush. Pero éste no la miraba ya. Se había operado en él un cambio extraordinario. «¡Flush!», exclamó mistress Browning. Pero no respondió. Había estado vivo; ahora estaba muerto. La mesa del salón —eso sí que fue raro— permaneció absolutamente inmóvil.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es